

PARA TÍTULOS PROFESIONALES DE LICENCIATURA (TERCER NIVEL)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **EFREEN BLADIMIR ANDRADE BARRAGÁN** con Cédula de Identidad No. **020192426-3**, autor del trabajo de graduación intitulado: **“LA POBREZA Y LA CRUZ SIGNOS DE CIVILIZACIÓN”**, previa a la obtención del título profesional de **LICENCIADO EN TEOLOGÍA** en la Facultad Eclesiástica de **Ciencias Filosófico-Teológicas**:

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 21 de marzo de 2016



Efreem Bladimir Andrade Barragán  
C.I. 020192426-3

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR  
FACULTAD DE CIENCIAS FILOSÓFICO TEOLÓGICAS  
ESCUELA DE TEOLOGÍA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCION DEL TÍTULO DE:  
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

**LA POBREZA Y LA CRUZ SIGNOS DE CIVILIZACIÓN**

Efreen Bladimir Andrade Barragán, C.M.

Director: Mgt. David de la Torre, SS.CC.

QUITO-2016

## **DEDICATORIA**

A mis padres por haberme dado la vida, la educación, el apoyo y los consejos abnegados. A la Congregación de la Misión por haberme acogido como a uno de sus hijos, por su apoyo y confianza hacia mi persona. A mis compañeros de estudio, a mis maestros y amigos, porque sin su ayuda yo no hubiera podido realizar esta disertación. A todos ellos les estoy incondicionalmente agradecido desde lo más profundo de mí ser.

## **ABSTRACT**

La fragilidad humana y su sentido, ha sido desde siempre muy criticada y cuestionada. Por un lado, el hombre se abandona al sin sentido, por otro lo enfrenta, y es aquí donde descubre su vocación: ve que no es un ser para la nada, sino un ser para la trascendencia; y entonces concluye que las limitaciones, sufrimientos y necesidades no tienen la última palabra.

La pobreza y la cruz son signos de civilización no en su sentido propio, sino en la magnitud de que son abrazadas por el Hijo de Dios: signo de contradicción. Entonces el sentido del hombre no se resuelve en la superficialidad del mundo, sino en la esencialidad, en la realización plena de la caridad, con una perspectiva soteriológica.

Por ello, en la Iglesia, el pueblo de Dios, los santos y mártires, testimonian que la lógica de caminar en el Señor está por encima de nuestras categorías humanas. Movidos por las bienaventuranzas eternas hacen del proyecto de humanización, a pesar de lo que involucra el mismo, un compromiso con el hombre en la humanidad del prójimo. Desde ahí la cruz y la pobreza trascienden, y la fe, esperanza y caridad del hombre, son notables.

## ABSTRACT

Human fragility and his sense, has been always very critical and questioned By a Sid man abandon to the no sense, by the other he face it, and is here where he discovers his vocation, he sees that he isn't a being for nothing, rather a being for the transcendence and the he concludes that the limitation, suffers and needs don't have the last word.

Poverty and the cross are sings of civilization not in its own sense, rather in the magnitude that are burn by the Son of God: sign of contradiction then, the sense of the man doesn't resolve in the world's superficiality, rather in the essentiality, in the full realization of the charts, with a superiority perspective.

By that, in the church, the village of God, the saints and martyrs, testimony that the logic of walking with the Lord is over our human categories. Moved by eternal beatitudes, make humanization's project, a spite of what this involved, an obligation with the man and the human kind of the from there. Poor and cross transcendence and the faith, and the faith, and the clanty of the man are outs tending.

# INDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	1
<b>CAPÍTULO I</b> .....	5
<b>LA FRAGILIDAD HUMANA</b> .....	5
1.1. El límite de lo humano.....	5
1.2. El sufrimiento .....	10
1.3. El sentido del hombre .....	15
<b>CAPÍTULO II</b> .....	21
<b>JESUCRISTO SIGNO DE NUEVA CIVILIZACIÓN</b> .....	21
2.1. La encarnación nos revela la limitación y la trascendencia.....	21
2.2. La cruz signo de civilización .....	28
2.3. La resurrección de Cristo nos revela la verdad del hombre.....	34
<b>CAPÍTULO III</b> .....	39
<b>LA IMAGEN LÓGICA DEL AMOR DE DIOS</b> .....	39
3.1. Caminando en la lógica del amor de Dios .....	39
3.2. Testimonios de la pobreza y la cruz.....	44
3.3. La Iglesia testimonio civilizador de esperanza. ....	51
<b>CONCLUSIONES</b> .....	57
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	61

## INTRODUCCIÓN

La historia nos muestra que todas las épocas han pasado por un proceso de progreso y decadencia y han legado a la sociedad una riqueza invaluable; esto hace que hoy se las pueda reconocer como tales. Cada una de las épocas han sido únicas e irrepetibles y las mismas han tenido su espacio y su tiempo donde se han forjado de manera singular, con procesos y estrategias propias.

Igualmente, la sociedad contemporánea al igual que las anteriores, a través de sus procesos y estrategias propias, ofrece hoy un escenario importante para el desarrollo y el progreso de la humanidad. Dentro de ella se observan grandes avances científicos y tecnológicos que han servido y sirven para el confort y comodidad de las personas. Pero este modelo de sociedad trae consigo un sinnúmero de consecuencias, que, si bien por una parte son dignas de reconocimiento, por otro lado, encierran a la humanidad en un callejón sin salida, con un destino y esperanza inciertos.

En este contexto la sociedad contemporánea idolatra el rechazo al dolor y la pobreza como signos de civilización y para ello se vale de la ciencia y la tecnología: parecería como si ella tuviera en sus manos el verdadero destino de los hombres, pero no es así. Hay momentos en que su poder se ve debilitado y esos son: cuando el dolor y la pobreza son inminentes, ya sea por una enfermedad incurable, cuando el dinero no puede hacer más, o por la misma muerte; es allí donde comprende que no se basta a sí misma.

La pobreza y la cruz irrumpen en la vida de todas las personas; nadie puede huir o negarla no importa si es o no cristiano, la pobreza y la cruz son inminentes. Si no ha tocado aún nuestra puerta, no importa, un día ella llamará a nuestra puerta. Es entonces cuando debemos preguntarnos ¿Estamos preparados para enfrentarla? ¿Podemos darles sentido?

Por otro lado, se observa que la pobreza y la cruz, a pesar de lo que implican, siguen siendo objeto de predicación, contemplación y conversión, para muchos cristianos. Esto lo

podemos ver en la acogida de la pobreza y la cruz, en la vida y peregrinar de muchos seguidores de Cristo, causando así grandes controversias y críticas de parte de la sociedad moderna.

La vivencia y el testimonio radical de la pobreza y la cruz por parte de la comunidad cristiana no han sido nada alentadores para la sociedad moderna; al contrario, aquellos actos han sido calificados por la sociedad moderna como injustos y discriminatorios, que atentan contra la dignidad y los derechos de las personas. En algunos países europeos, muchos signos y símbolos religiosos, por ejemplo, la cruz, son catalogados como ofensivos para el bienestar y el buen vivir de las personas.

La sociedad moderna de esta forma arremete en contra de la pobreza y la cruz, ve en ellas más actitudes negativas que positivas; las considera como promotoras de la injusticia, violencia y esclavitud. Juicios de valor que no son, sino respuesta a una cultura sin Dios, donde el hombre ha sido endiosado y donde las categorías espirituales y religiosas casi no cuentan para nada.

Dentro de las categorías de la cultura moderna no hay cabida para la pobreza y la cruz, sino sólo para la riqueza y el rechazo al dolor. La materialidad parece haber absorbido lo espiritual. La riqueza y el rechazo al dolor predicadas por la sociedad moderna, han sido muy sobrevaloradas; en vez de ser instrumentos para el bien de los hombres, se han convertido en sujetos. Es decir, son más importantes que hasta los mismos hombres, parecería que sólo ellas son la garantía de la felicidad y bienestar del hombre: sin ellas se creería que el hombre estuviera condenado.

En este paralelismo, donde el ego de la sociedad moderna ha transgredido los ideales y pensamientos del cristianismo, nos planteamos el siguiente cuestionamiento: ¿Por qué en esta sociedad donde los signos de civilización son la riqueza y el rechazo al dolor es necesario recuperar el sentido de la pobreza y la cruz exigidas por Cristo para encontrar el Reino de Dios?

Para abordar tal cuestionamiento y darle una respuesta nos valdremos de los estudios antropológicos, bíblicos y pastorales. En primera instancia enfocaremos el tema de la pobreza y la cruz en los estamentos humanos, donde la misma es cuestionada y desafiada. Si bien el hombre atraviesa por procesos de impotencia, frustración e incapacidad, que no le permiten ser; por otro lado, estos procesos se convierten en causa de oportunidades y desafíos que producen en la vida de los hombres no solo un abandonarse al sin sentido, sino un constante combate y lucha por mejorar su situación. Desde ahí veremos como el hombre hace de las adversidades materia de desarrollo y progreso. Si bien el enigma del hombre no es resuelto, pero las mismas circunstancias de la vida diaria, su entorno, su composición, sus valores, virtudes, capacidades y habilidades, le informarán de que es un ser con un destino muy prometedor.

En segunda instancia veremos como el Hijo de Dios hace de la pobreza y la cruz signos de civilización. El testimonio de Jesús a través de la encarnación (Kénosis), pasión, muerte y resurrección, reflejarán el verdadero sentido y vocación del hombre: Jesús es el prototipo de hombre. Él asume la pobreza y la cruz en una perspectiva soteriológica. Sólo en esas circunstancias la cruz y la pobreza son comprendidas, puesto que las mismas no nos llevan al sin sentido (sufrir por sufrir), sino hacia algo más profundo y trascendental (el Reino de Dios).

Por último, nos adentraremos en el martirologio, en el santoral y en el testimonio de la Iglesia. En este ambiente explicaremos que la lógica del amor de Dios está por encima de nuestras categorías humanas. Desde ahí veremos como muchos hermanos: mártires, santos y la misma Iglesia se han lanzado y siguen lanzándose al seno de Dios con una convicción total de su proyecto. Si bien hoy la Iglesia, a pesar de los avatares que ha provocado la sociedad contemporánea, que son todo un desafío, nunca pierde su convicción en el Señor, y nos recuerda que “su compromiso desde siempre no ha sido con un individuo abstracto, sino con el hombre en la humanidad del prójimo” (Adolfs, 1967, pág. 104).

De esta forma, si leemos detenidamente los capítulos de esta disertación, nos daremos cuenta de que nuestra reflexión quiere ir más allá de la superficialidad a la que el mundo moderno nos tiene acostumbrados. Plantearemos el tema de la pobreza y la cruz en un sentido

profundo (soteriológico), que, si bien para el mundo moderno es un absurdo, para el cristiano son signos de civilización que humanizan al hombre y nos hacen caer en la cuenta de que la vocación del hombre se fragua en la vivencia cristiana de la cruz y la pobreza donde experimentaremos la realización plena de la caridad cristiana.

Espero de esta forma que los signos de civilización, como son la cruz y la pobreza acogidas por Cristo por amor, nos hagan valorar y apreciar nuestra vida cristiana en los momentos de dolor y aflicción.

# CAPÍTULO I

## LA FRAGILIDAD HUMANA

### 1.1. El límite de lo humano

Al hombre siempre le ha inquietado los grandes cuestionamientos del mundo y todavía más sobre él mismo. Para descubrirlos u orientarlos a su bien o conocimiento ha tenido que partir de su propia realidad. Podemos recordar en este sentido a los grandes filósofos clásicos: Sócrates, Platón, Aristóteles, que tuvieron que referirse al hombre partiendo de la situación y contexto en que se encontraban. Sócrates decía: “*conócete a ti mismo*”, refiriéndose a cómo hacer buenos a los hombres (Vélez Correa, 2001, pág. 12).

Pero, a medida que se desarrolla y crece la humanidad, el hombre se aferra más a la materialidad (su corporeidad), y ese aferrarse, más que darle respuestas a los enigmas y misterios que se le presentan, lo ha encerrado en un sin número de dudas y cuestionamientos que aún no terminan de encontrar respuestas válidas. En ese buscar respuestas, el hombre se ha dejado absorber por el orgullo, la ansiedad, la vanidad, que más que llevarlo a descubrirse, le han encerrado en un sin-sentido. Como expresa J. P. Sartre, (2011), en *la Náusea*: “dondequiera que la meta continuará existiendo y yo continuaré sintiendo que existe” (pág. 161), es decir, a medida que se alcanza una meta aparece otra y así continuamente, sin que nunca termine satisfaciendo al hombre.

Con ello al revelarse su insatisfacción, limitación y humanidad el hombre comprende que no es un “ser” realizado por completo; como dice I. Gastaldi. (1994) en su libro “*El Hombre, un misterio*”:

Una piedra, un árbol, son seres plenamente realizados dentro de las fronteras o límites de su esencia: no pueden dar más de lo que dan, no pueden ser más perfectos de lo que son. Lo mismo dígame de un perro. Son seres encerrados, acabados, “perfectos” dentro de sus posibilidades. El hombre no. Es el único ser que puede sentirse insatisfecho y frustrado. Y por

eso es entre los seres creados, el único que tiene capacidad para superar las barreras de sus limitaciones (pág. 170).

De esta manera parecería que la necesidad está destinada al hombre, tanto a su cuerpo como a su espíritu; la necesidad, infinitas necesidades, todas ellas reclaman algo diferente. Es decir, que una necesidad no se puede saciar con la misma, sino que todas ellas reclaman un pan distinto (Sciacca, 1958, pág. 90). Cultivando así el deseo de terminar con las necesidades y buscar la identidad humana e incluso su comprensión, una meta ésta nunca del todo alcanzada.

El hombre se considera un enigma, no por lo que “es”, sino por lo que parece “ser”. Es decir, su corporeidad solo le informa una parte de lo que “es”, y en algunos de los casos él mismo se ha visto sorprendido consigo mismo. De ahí la incógnita sobre su identidad: ¿quién soy? Aún no ha tenido respuesta desde su simple corporeidad; parece que ella solo le desvela una parte del lente de su vida. De esta forma, se insinúa, que el hombre es in-definible, porque carece de fronteras (Gastaldi, 1994, pág. 5). En esta trama el hombre nunca llega a firmar su acta de defunción, sino al contrario siempre abre una nueva perspectiva.

El hombre piensa y quiere indefinidamente, incansable y casi perdidamente: cuando no piensa, piensa que no piensa; cuando no quiere, quiere no querer, y todo deseo todo querer posee casi siempre un margen de indefinibilidad. Si medito sobre la pregunta: «¿qué pienso y qué siento yo?», si me concentro en ella y me la repito a mí mismo, pensamientos y voliciones se agolpan, se apiñan, chocan entre sí; la mente se sumerge, casi se paraliza (Sciacca, 1958, págs. 13-14).

Desde esta perspectiva el hombre ya a partir de sus orígenes ha tenido que lidiar consigo mismo; es decir con sus limitaciones y necesidades. De este modo en mucho de los casos ha tratado de esconderlas o superarlas a través del progreso y del desarrollo del pensamiento. Un ejemplo claro de todo esto lo encontramos proyectado en las grandes construcciones: en la ciencia, en la tecnología, entre otros. Como diría X. Zubiri. (1982), “mientras el animal no hace sino «resolver» su vida, el hombre «proyecta» su vida” (pág. 27-30).

De no ser así su vida estaría destinada al quietismo, en otras palabras, sería una planta viviente, la misma que no sabe ni reconoce su existencia. Pero la situación del hombre es diferente: es un “ser en devenir”, está en marcha, en camino. Y siempre está pendiente de su progreso, aunque el mismo le recuerda todos los días sus limitaciones, debilidades y necesidades (Gastaldi, 1994, pág. 165).

Pero ese “ser” en marcha, en camino, no le garantizan su bienestar y felicidad, sino al contrario, todo ello ha producido en la vida de los hombres: inquietud, ansiedad y angustia<sup>1</sup> (Marcel, 1956, págs. 75-89) que lo someten y lo consumen. No le dejan buscarse y encontrarse y con ello “llegar a ser”, sino al contrario en muchos de los casos han producido un desentendimiento y desconsuelo: un sin-sentido. Desde esta perspectiva podemos realizar una mirada a las diferentes etapas de la humanidad, donde los hombres han sido presa de estos síntomas; puesto que se han visto absorbidos por los vicios, los libertinajes, los fracasos y en algunos de los casos hasta por el mismo suicidio. Todo esto por no saber lidiar con sus limitaciones, debilidades y necesidades.

Todas estas situaciones de inquietud, ansiedad y angustia les recuerdan que es un “ser” con muchas limitaciones. Es entonces, cuando el hombre se esfuerza por garantizar su existencia y darle sentido, a través de las diferentes actividades que realiza en su vida. Con ello trata de justificar su injustificable existencia; es decir, que a pesar de sus limitaciones sabe lidiar con ellas y se esfuerza en dar lo máximo de sí; a pesar de que ellas en muchos de los casos no sean suficientes para rebasar sus limitaciones, pero le recuerdan que está vivo y que no es un “ser” para la nada (Grün & Robben, 2006).

De esta forma, si comparamos al hombre con un actor de cine, llegamos a la conclusión de que ambos tienen un parecido extraordinario, y esto debido a que la vida y el

---

<sup>1</sup> Gabriel Marcel, en su libro: “*El hombre problemático*”, en su segunda parte del libro, titulada: “La inquietud humana” habla de estos términos. Cuando se refiere a la inquietud propone un título “*La inquietud como verdugo de sí mismo*”, es decir que el inquieto en cuanto tal casi siempre se hace desconfiado; por otro lado, el ansioso tiene reacciones mucho más vivas que el angustiado. Se retuerce las manos, se desespera, se atormenta, mientras que la angustia es “el dolor que no se puede llorar”.

destino de ambos están proyectados a hacer el papel de espectadores y actores (Sciacca, 1958, pág. 24). Tanto el actor, como el hombre: aprenden, cometen errores y crecen, claro con la diferencia de que la película del hombre es un misterio inacabado, ya que todos los días cuenta con la oportunidad para empezar de nuevo.

Además, en esta perspectiva, debemos tener en cuenta, que el actor (el hombre), está sujeto al tiempo: el hombre “ser-en-el-tiempo” (Gastaldi, 1994, pág. 165) y él se encarga de reclamar lo que le pertenece. Es decir, el hombre no está libre de algunos cambios y transformaciones frutos de su naturaleza, sino todo lo contrario al pasar el tiempo y los años, su madurez y vejez son las encargadas de recordárselo. En este contexto el hombre comprende que sus limitaciones y debilidades, algún día tendrán su fin; aunque sea a costa de su deceso.

A más de que el tiempo le tome factura, debe reconocer también que su “ser” no es solo objeto, sino que es sujeto. Es decir, su esencia humana es algo más que sólo simple corporeidad y ese “ser” algo más le hace que responda a su dignidad y se porte como tal. De no ser así, el hombre sería comparado a una máquina, que no hace más que ser dirigida y manipulada. Por consiguiente, rebajar al ser humano a la simple materialidad es tergiversar el verdadero sentido de su vocación (Vélez Correa, 2001, págs. 15-16).

El materialismo ha sido un ejemplo claro de la pobreza y decadencia del verdadero sentido de la vocación humana. Puesto que niega que haya en el hombre sustancias espirituales y sólo se afana en las materiales, reconociendo así que “el hombre es sólo materia mejor organizada” y que el mismo está conformado de sólo elementos materiales que se encuentran sujetos a las leyes de los seres naturales y su vida se explica desde ese círculo (Vélez Correa, 2001, pág. 23).

De esta forma la integridad humana ha sido herida y no ha sido por un otro, sino por ella misma. El orgullo y la ambición del hombre le han llevado a poner en juego su propio “ser”, su integridad. No ha tenido compasión consigo mismo. El sujeto se ha convertido en objeto, perdiendo así su identidad y su sentido de ser en la humanidad.

En este contexto, a medida que el hombre trata de configurarse como tal, su “ser” y su “quehacer” en el mundo sólo le dan pequeñas pautas de lo que “es” verdaderamente. En algunos de los casos se logra ver así, que el hombre experimenta, vive; el mismo es el verdugo de su propia suerte, ya que sólo a través de él mismo reconoce su ignorancia: sólo cuando se ve en el espejo, frente a frente, sabe y reconoce que algo está demás o le falta.

En base a esto podemos concluir que el hombre no es un “ser” terminado, sino que su vida es un continuo cambio y transformación. En otras palabras, su vida se presenta como una tarea, una llamada, una vocación (Gastaldi, 1994, págs. 170-171). De ahí, que sus limitaciones y necesidad hacen que su vida y su “ser”, tengan sentido de “ser”. De no ocurrir así, el hombre, ya no tendría que mover un solo dedo para proyectarse o realizarse como tal.

Todo lo que ha realizado en el transcurso de su existencia es lo que le permitirá al fin de sus días saborear un poco de triunfo, satisfacción y felicidad. De esta forma, se evidencia que su vida ha tenido sentido y que a pesar de su caminar lleno de espinas, sacrificios, tristezas y alegrías, que le revelan su pobreza; ellos le han hecho comprender que es un “ser” proyectado hacia algo más que la simple materialidad.

## 1.2. El sufrimiento

A medida que el ser humano camina en la vida se da cuenta de un sinnúmero de cosas que le afectan y le hacen sentirse impotente. La violencia, el dolor, la pobreza, la muerte, entre otras, le dan escalofríos y en muchos de los casos, influyen en su estado de ánimo, rebajándolo y encerrándolo en la pena, en la angustia y la tristeza. En otras palabras, el sufrimiento humano pondría en tela de juicio nuestra dignidad, identidad y sentido.

Es entonces cuando el hombre debe escoger entre pertenecer a los hombres superiores (superhombre) o inferiores (Nietzsche, 1980, pág. 517). Si el hombre escoge pertenecer a los hombres superiores entonces ha decidido hacerle frente al sufrimiento; pero si no lo hace, el hombre se verá forzado a hacer de su existencia una condena o prisión y por tanto el hombre sufre lo insufrible.

En este contexto, se podría expresar como J. P. Sartre (2011): “Yo, yo me saco de la nada a la que aspiro: el odio, el asco de existir son otras tantas maneras de hacerme existir, de hundirme en la existencia” (págs. 162-163). Es decir, la vida del hombre no tendría un destino fijo, el existir sería todo. Entonces, su vida dependería del simple existir y nada más. Pero esto no es suficiente, lo complejo y contradictorio de existir lo sumergiría en la soledad y desconsuelo y, una vez en este estado, difícilmente el hombre puede hallar un alguien que lo consuele, estaría, por tanto, sólo en el mundo y esto haría de su existencia un martirio.

Entonces para este filósofo, en la sola existencia el hombre se da cuenta de sus carencias, debilidades, limitaciones y necesidades que irrumpen en su vida aprisionándolo y haciéndolo más vulnerable. En esta situación el tiempo sería para J. P. Sartre, determinante y dependería del hombre saber distribuirlo y utilizarlo para no quedarse aprisionado por él. Pero si se dejase aprisionar, el enemigo, el tiempo atacaría y haría del hombre una presa fácil: un cadáver. Y es entonces, en la angustia del tiempo, cuando él se da cuenta y se sumerge en el sin-sentido de la existencia (Sartre, 2011, pág. 117).

El sin-sentido se produce cuando el hombre elige existir, por cuenta propia, pese a que ontológicamente esto sea imposible, es justo en ese momento cuando comienzan todas las angustias, sufrimientos, necesidades, miedos y temores. Estas consecuencias le sumergen en el vacío inevitable (Foulquié, 1952). Es en estas circunstancias donde el hombre se angustia por saber si su existencia tiene algún valor.

A medida que el hombre peregrina en la vida, el sufrimiento y la tristeza se hacen presentes y siempre han tenido que ver con la falta de algo o de alguien. El hombre por sí solo es vulnerable necesita a “un otro”; sólo “el otro” le permite ser algo (realizarse) y no un absurdo (Gastaldi, 1994, pág. 128). Y es en la alteridad donde los sufrimientos y tristezas son comprendidos.

Asimismo, otro medio para justificar su realización y enfrentarse a la nada y al sin-sentido, ha sido el desarrollo y el progreso de sus habilidades y cualidades a través de la ciencia y la técnica. Pero en algunos casos, éstos en vez de garantizar al hombre su existencia y su realización, le han causado gran dolor, temor, ansiedad, miedo y malestar, puesto que a medida que el progreso avanza, la ambición, el orgullo y la envidia del hombre se hacen cada vez más insaciables (De Chardin, 1967, pág. 24).

De ahí que el hombre, ante la insaciable presunción de superar la nada (vacío), también ha tenido que ser el verdugo de sí mismo; es decir, se ha esclavizado, ha caído en lo más bajo. Ha dominado con desmesura la naturaleza, su hogar e incluso ha esclavizado a sus semejantes, sin tener en cuenta su dignidad. Pero esto no le ha sido suficiente para saciar su incertidumbre; él mismo se ha puesto precio, tergiversando así su verdadero sentido; ha pasado de ser sujeto a ser objeto, haciendo así de su existencia un mar de sufrimientos, olas que chocan contra su propia integridad y dignidad.

De esta forma el hombre ha atentado contra sí mismo y con ello, ha producido grandes conflictos, como la guerra, la violencia, la pobreza, los sufrimientos, entre otros, que no hacen otra cosa que asfixiarnos continuamente. Como expresa Gabriel Marcel (1956), “La tragedia

humana consiste por una parte en que cada uno de nosotros está condenado a esa mutilación, pues es la condición para llegar a ser uno mismo” (págs. 46-47).

De igual forma, otra situación que al hombre le cuesta aceptar y por ello sufre y se obstina y de la que en algunos de los casos le cuesta desprenderse, tiene que ver con su apego a las cosas materiales. En nuestra época esta situación es muy común y la vemos expresada claramente en el “culto al cuerpo”, el cual ha desequilibrado el verdadero sentido del mismo: el cuerpo no es solo simple materia es algo más. Pero si no lo vemos desde esta óptica (el cuerpo no lo es todo), el desprendimiento del mismo será muy doloroso, ya que la esperanza del hombre quedará enterrada en la materialidad y esto hará aún más dolorosa su existencia.

A medida que el hombre va acumulando bienes, ciencia, tecnología, entre otros, se aferra más a la materialidad y es entonces cuando el hombre hereda sentimientos de angustia, desesperación y tristeza, puesto que eso no le satisface; al contrario, le hace sentirse inseguro, angustiado y desconfiado. Parecería que todo lo que hace por “ganar el mundo entero” no le basta, sino al contrario han abierto más su ambición y orgullo. Es decir, el hombre es un ser insaciable, insatisfecho y a medida que alcanza éxitos y logros, quiere más; no hay nada que lo satisfaga de forma total.

En este contexto expresamos que el hombre debe tener en cuenta que no es dueño de todo, sino que es un huésped en este mundo físico; es solo un administrador (De Chardin, 1967, pág. 111). Solo así, al desprenderse del orgullo, su situación de angustia y sufrimiento de querer ganar el mundo entero queda aliviada, puesto que ya no ve al mundo como una carga, sino como parte de su existencia que también algún día perecerá.

Del mismo modo factores como el fracaso, la pobreza, la enfermedad, la esclavitud, las injusticias, entre otros, le consumen y cuestionan; le recuerdan que es un “ser” carente y limitado: quisiera cerrar los ojos ante el dolor y el sufrimiento, pero no lo hace porque el mismo es constante (Grün & Robben, 2006, págs. 86-87). El hombre se siente abandonado parece que vive por vivir, aunque el efecto de su existencia reclama algo, clama por el éxito, riqueza, salud, libertad, justicia y felicidad.

Pero, consecuentemente cuando busca y determina el futuro su preocupación es constante. Ya lo expresó, F. Nietzsche. (1980) en su obra, *La voluntad de poderío*: “Hay sufrimiento para el individuo del presente, sufrimiento tanto mayor cuando más determina el porvenir” (pág. 368). De ahí que, al reflexionar sobre el supuesto de su inmortalidad, se encuentra con muchas barreras: parece que tal supuesto más que favorecerlo y realizarlo como tal, lo aprisionaría y lo hundiría más en el fracaso. En este ambiente, la hipótesis de vivir eternamente más que ser un don o un regalo, sería un castigo, ya que el hombre viviría angustiado por toda la eternidad.

Al respecto de la inmortalidad: si el hombre viviera en el tiempo, no realizaría el cumplimiento a que él aspira, por cuanto tal realización no pertenece al orden temporal: si el hombre no muriera, estaría condenado al perpetuo incumplimiento de sí mismo; y en este caso su perpetuidad temporal sería su verdadera condena de muerte (Sciacca, 1958, pág. 283).

Efectivamente, en este caso la inmortalidad no es un supuesto tan halagador al entrar en relación con nuestra humanidad: ¿a quién le gustaría vivir eternamente sin realizarse por completo? A nadie, de ahí que, al cuestionarse sobre tal hipótesis, no le queda más remedio al hombre que aceptar su propia muerte, aunque ello implique su desaparición (y el olvido de su existir). Por un lado, la muerte es una realidad dolorosa, no ilusoria, ya que vuelve absurda la vida (Sciacca, 1958, pág. 297); pero por otro lado se presenta como solución a todos los sufrimientos y angustias del hombre.

Y si no muero, ¿qué será de mí?; y si muero, ya nada tiene sentido. Y hay tres soluciones: a) o sé que me muero del todo y entonces la desesperación irremediable, o b) sé que no muero del todo, y entonces la resignación, o c) no puedo saber ni una ni otra cosa, y entonces la resignación en la desesperación o ésta en aquella, una resignación desesperada o una desesperación resignada, y la lucha. (De Unamuno, 1998, pág. 56)

Así decimos que la angustia, la ansiedad, los sufrimientos, y otros, estarán siempre presentes en todos los ámbitos de la existencia humana, pero debemos comprender que los mismos no explican la realidad total del ser humano, solo nos revelan una parte de su verdadero sentido. Si bien cuando nace una persona se revela un aspecto: nace para algo, viene marcada en su ser una vocación y se espera algo de la nueva criatura; de la misma forma se

podría pensar, que cuando morimos también morimos con un propósito, todo tiene sentido. Un ejemplo claro de ello, lo vemos expuesto en nuestro mundo, tan hermoso y sutilmente organizado; con una vasta riqueza donde no hace falta nada. De esta forma podemos decir que su entorno es un vestigio que nos revela ya algo de su verdadero sentido, de no ser así, hace tiempo que el hombre se hubiera exterminado con sus propias manos.

El mundo nos revela su inmensidad a través de la contemplación y el estudio; por otro lado, el hombre se denigra a sí mismo, porque ha olvidado contemplarse desde lo más profundo e íntimo de su “ser”.

De esta forma es importante hacer hincapié también en un factor relevante que nos revela y trasladan más allá de la simple mundanidad, donde el sufrimiento hace de las suyas; tal factor no es otro que la libertad. El hombre es el único con capacidad de tomar decisiones y no hay otra criatura idéntica a él. Precisamente por ello podemos decir que el hombre no proviene de la esclavitud, sino de algo más sublime, de aquel que ha impregnado en el hombre sus atributos: la libertad, los valores, y las virtudes. Igualmente, el hombre no es sólo un ser limitado que sufre y se angustia, sino que está constituido por un misterio que no es fácil de desvelar y sólo depende de él discernirlo, entenderlo y descubrirlo no desde la superficialidad, sino a partir de su totalidad, es decir, desde su “ser” tal cual es.

Por consiguiente, dependerá del hombre reconocerse como tal pues desde ahí podrá enfrentar, sus sufrimientos, limitaciones, debilidades, pobreza, fragilidades entre otros; pero no solamente desde fuera (desde la simple materialidad) sino desde la profundidad de su “ser” (Sciacca, 1958, pág. 136). Únicamente así, logrará el hombre hacer de la angustia, de la ansiedad y de los sufrimientos algo pasajero y tolerable; de lo contrario los mismos concebirán un ser humano, mediocre, sufrido y proyectado a la nada.

### 1.3. El sentido del hombre

En el transcurso diario de la vida el ser humano se va dando cuenta de que es algo más que simple materialidad. A diferencia de la piedra que al ser golpeada no siente ni reclama nada, el hombre sí lo hace: reacciona, siente y reclama justicia, puesto que tiene conciencia de su libertad y dignidad. De la misma forma se piensa que el hombre no puede ser calificado solamente como un animal dotado de razón, como lo manifestó la definición aristotélica. Parece que en el hombre hay algo más que sólo corporeidad y racionalidad (Maritain, 1966, págs. 17-19).

Algunos sentimientos como: el amor, la amistad, la alegría, entre otros, nos revelan cosas extraordinarias que no son explicables por la sola razón. Al no ser explicables el hombre profundiza en ellas y siente que su ser está dotado de algo más que lo meramente corpóreo. De ahí sus búsquedas (las del hombre), pues sino lo hiciera sería como si él mismo dejará de ser (Jaspers, 1959, pág. 356)

Asimismo, la vida le enseña al hombre que todo tiene sentido, todo está hecho conforme a un plan. La tierra, el mar, los animales, las plantas, entre otros, nos son de utilidad en nuestro existir y ellos nos ayudan a descubrirnos o desconocernos. Ya San Buenaventura (1945) explicaba que podemos llegar a lo trascendental a través de los vestigios que Dios ha dejado en la creación (Pág. 547). Pero también el hombre puede desconocerse si no sabe utilizar bien lo que está a su alrededor; un ejemplo claro de todo ello es la explotación inconsciente de la naturaleza, la violencia, la guerra, la injusticia, el hambre, la pobreza, entre otros.

Igualmente, el cumplimiento de algunas incógnitas y dudas que en su momento se planteó el hombre le ha llevado a cuestionarse y pensar en algo más allá de sus habilidades y capacidades; si no recordemos la obra de Tomás Moro, *Utopía*, donde se planteaban algunas propuestas que, aunque hoy las sabemos quiméricas constituyen sanas aspiraciones políticas y sociales. Pero eso ha quedado en el pasado; el presente nos revela que el hombre hoy vive en

un mundo en el que se cree más capaz y útil: siente que su humanidad tiene un sentido más profundo y trascendental. Pero, como vemos, en algún momento de su vida esta ilusión se desvanece.

En este contexto sus limitaciones, necesidades y sufrimientos, no representan su finitud y sinsentido, al contrario, su humanidad le informa que es *una realidad germinal* (Zubiri, 1982, pág. 150). Es decir, el hombre no “es” aún, pero llegará a “ser”, y para lograrlo tiene que cumplir un proceso, donde a medida que camine en la vida aprenderá, crecerá, interiorizará y comprenderá que todo ha tenido sentido y que su peregrinar no ha sido un absurdo al contrario ha valido la pena existir.

Desde esta perspectiva el hombre se siente aun incompleto, y por ello hace de su existir un espacio de conocimiento, donde aprende de sí mismo y de su entorno, y esto es señal de que todavía no ha terminado de descifrarse completamente. Por ello se dice que el hombre, es un enigma aún no resuelto. Parece que su “ser” está ligado a algo trascendental que supera toda capacidad de comprensión. Y a ese “algo trascendental” que existe además del cuerpo Platón lo llamó “alma”: “en la cual radica la esencia de la dignidad e inmortalidad del hombre” (Vélez Correa, 2001, pág. 21).

Platón tenía una concepción del alma muy compleja, puesto que veía a la misma como una realidad esclava del cuerpo. Lo más relevante de toda esta tendencia es que se reconoce en el hombre, además de una forma corporal, una forma espiritual, el alma. Esto provocó novedad para la época, puesto que se llegó a concebir que el hombre no solo estaba compuesto de una sustancia corpórea, es decir, perecedera y mortal, sino que está formado por una sustancia esencial, el alma.

Al concebir el alma como forma del cuerpo se abrió otra brecha del pensamiento muy abstracta, llegó a atribuirse a la misma una inclinación hacia algo sobrenatural y trascendental. El hombre tiene un destino mucho más sublime que el mundano. Esta hipótesis la planteó Platón al hablar de la inmortalidad del alma.

Igualmente habrá muchos otros pensadores que como a Platón les cuestionará la constitución del hombre. Algunos, sin embargo, no se quedarán sumergidos en el dualismo platónico, sino al contrario, como Aristóteles, por ejemplo, optarán por una postura mucho más compleja: el realismo, basado en los sentidos y la percepción de la materia. Aristóteles frente al dualismo platónico planteó que “el hombre es una unidad sustancial, que su alma es la forma que con la materia constituye el cuerpo” (Vélez Correa, 2001, págs. 21-27).

El planteamiento aristotélico, de la unidad del cuerpo con el alma, rebasó la concepción platónica. Se llegó a concebir al hombre como un todo, no como una parte del todo, es decir, en la unidad del cuerpo con el alma se puede hablar realmente de un ser denominado hombre. En este sentido, el ser humano comenzó a especular sobre su origen y sentido en la vida. Y es entonces que el hombre empezó a tener esperanza en sí mismo, tomó la iniciativa de salir del mito y se ilusionó con un futuro basado en el conocimiento.

Más Tarde, Immanuel Kant, refiriéndose al sentido y destino del hombre expresó: “*El hombre es un ciudadano de dos mundos*”. Es decir, el hombre es un transeúnte en la tierra, no tiene su morada fija, y eso se deduce en su deceso, donde el hombre desaparece del primer mundo. Por otro lado, el segundo mundo, sólo lo podemos pensar en la unidad del hombre como cuerpo y alma, donde su ser después de la muerte aún no desaparece. Con ello, expresamos que la situación corpórea del hombre sólo le informa una parte de su sentido, y esto debido a que hay en el hombre ciertas situaciones en las cuales no se siente identificada aun completamente con su cuerpo. Esto significa que hay ciertas cosas que ocurren en el cuerpo sin que él lo sepa y a veces hasta en contra de su propia voluntad. (Gastaldi, 1994, pág. 55).

Debemos deducir así que el hombre es una unidad sustancial en la cual no se puede comprender el cuerpo separado del alma; separado sería desconocer su verdadero sentido. De esta forma la unidad sustancial se convirtió en la posible solución del laberinto, ya que ella, creían los entendidos, es quien da sentido y esperanza al hombre. Como dijo, Sciacca M, (1958): “El hombre descubre en sí y por sí mismo que su fin es el de constituirse en persona, pero también descubre que él en cuanto persona está orientado a un fin superior, que sobrepasa

la persona misma de quien es la plenitud absoluta” (pág. 37). Y es entonces cuando el hombre comenzó a ser optimista, se descubrió no como un absurdo, sino como un ser vasto de sentido.

Por ende, verá los sufrimientos, las tristezas, el vacío y la nada, como algo común del ajeteo diario. Estas circunstancias no dicen ya todo de la existencia, al contrario, son los que nos hacen ver que el camino para llegar a la meta tiene que ser recorrido, no es gratuito. Y será en esas circunstancias, en que el hombre deberá mostrar todas sus capacidades. En pocas palabras, el hombre no es aún un sujeto realizado completamente, sino que va haciéndose continuamente a lo largo de su vida y en ese “hacerse” es donde descubrirá que la vida tiene o no sentido. De este modo sólo depende de él el hecho de hacer de su vida un futuro esperanzador (Zubiri, 1982, pág. 55).

Entonces, el discernimiento y la libertad entran en juego. El sentido de ser dependerá mucho de cómo viva su vida y cómo discierna y elija al “ser” ante el “no ser”. Desde esta perspectiva el hombre se verá en la necesidad de sacrificar los bienes terrenales, sus riquezas, su conocimiento, el progreso y el desarrollo, y todo aquello que lo limitaba y muchas veces le angustia, con el fin de alcanzar los Bienes infinitos (Ferrer, 2001, pág. 32). Todo esto a manera de ofrenda o sacrificio, para obtener un bien mayor.

Consiguientemente, como ya habíamos dicho el hombre debe ser asumido “*entero*” en *unidad*, no a manera de la fórmula clásica platónica, donde “*El cuerpo es la cárcel del alma*”, sino formando el cuerpo y alma una unidad; y en la cual el cuerpo es la mediación entre el mundo y el alma (Vélez Correa, 2001, págs. 46-61). Sólo en ese sentido también el cuerpo importa; de no ser así estaría renunciándose a sí mismo. Por ende, el hombre debe comprenderse en su humanidad, en unidad sustancial, donde todo lo que realiza cuenta y tiene sentido de ser:

El discurso filosófico sobre el hombre es siempre sobre la totalidad del hombre: el hombre debe ser asumido entero, llevar a cuentas toda su humanidad. Y esto significa vivir en el mundo que es nuestro mundo, vivir cada uno en el hombre que es y no rehuir el mundo y evadirse del hombre, sino vivir al nivel de nuestra humanidad profunda (Sciacca, 1958, pág. 51).

Además, otro de los aspectos donde el hombre pierde su sentido de “ser”, lo encontramos detallado en su decisión de “ser otro”, diferente a su condición y naturaleza. Al ponerse una máscara, deja de ser auténtico y todo esto producto de sus limitaciones, pobreza, angustias y sufrimientos, entre otros. No quiere ser pobre y por ello aparenta ser rico, a través del consumismo por ejemplo. Con ello, se está desconfigurando y renunciando a su “ser” (De Unamuno, 1998, pág. 32). Por eso podemos ver al hombre sumido en el sin-sentido, en la nada, que no muestran su rostro, sino una máscara; haciendo así de su “ser” un fraude, un absurdo y, por qué no decirlo un fracaso.

Todo lo que en mí conspire a romper la unidad y la continuidad de mi vida, conspira a destruirme y por lo tanto a destruirse. Todo individuo que en un pueblo conspira a romper la unidad y la continuidad espirituales de ese pueblo, tiende a destruirlo y a destruirse como parte de ese pueblo (De Unamuno, 1998, pág. 34).

El hombre llega a ser un auténtico hombre en la medida que se sobrepasa, por su integridad, por los valores, por su relación con los otros, por sus méritos, sacrificios, por haber puesto en juego su vida y apostar por ella y dar testimonio de la verdad y del bien (Wittschier, 1979, págs. 50-51). Sólo en esa perspectiva, aprovechando su vida al máximo y aceptándose tal cual es, el hombre encuentra satisfacción, realización y felicidad.

El hombre no es un ser aislado, solitario. Su humanidad involucra un algo y un alguien: “El hombre se realiza viviendo con las cosas, con los demás hombres y consigo mismo” (Zubiri, 1982, pág. 178). No puede pensar el hombre de manera individualista, viendo a los “otros” como un obstáculo; al contrario, debe verlos como una mediación: puesto que aquellos los “otros”, son quienes nos consuelan, nos dan esperanza, nos motivan y nos ayudan a darle sentido a nuestra vida. De negarlos, por ejemplo, a través de la muerte de Dios, estaríamos negándonos a nosotros mismos. De ahí que ellos desempeñan un papel fundamental en la realización y sentido de “ser” del hombre.

Desde esta perspectiva el hombre debe involucrarse con los “otros”, no como un hombre en relación con una planta, donde el hombre le habla y la planta no le responde, sino entre iguales, cara a cara, donde uno habla y el “otro” responde. Por decirlo así, en diálogo, en

convivencia y comunión con los demás hombres, descubrirá su verdadera vocación, la que se halla escondida en el interior de su “ser” y que es despertada por un alguien: sea este el hombre o Dios. Estos provocan por ejemplo en el hombre que se ha perdido la iniciativa de ser plenamente persona o de volver a serlo (Ferrer, 2001, págs. 105-107).

Asimismo, además de un “otro” hay algo divino, Dios, en su ser de hombre. Ya lo habíamos dicho anteriormente: el alma, el espíritu. De ahí que no se llega al conocimiento de Dios solo a través de la exterioridad, sino también de su relación entre la exterioridad y la interioridad del “ser”, Sciacca M, nos dice:

Se llega a Dios desde la interioridad del hombre. El hombre, que es testimonio de Dios, explica el mundo y justifica su realidad; no es el mundo en sí el que demuestra la existencia de Dios. La luz del hombre es la idea del ser, ella lo ilumina y le permite conocer el ser real (págs.115-116).

Por ende, la esperanza y el sentido renacen a pesar de la pobreza, los sufrimientos, el dolor, la angustia y el temor a la muerte; comprendemos de ahí que ellos no tienen la última palabra. Aquellos no son sino facetas, pruebas, sacrificios para llegar al fin, que es el cumplimiento de la vocación humana, un cumplimiento que el cristianismo llama “Reino de Dios”. Ya Gabriel Marcel (1956) nos dice al respecto: “No sería, oh Dios mío no sería absolutamente si no estuvierais en mí. O más bien yo no sería si no estuviera en Vos, de quien por quien y en quien todas las cosas son” (pág. 107)

## **CAPÍTULO II**

### **JESUCRISTO SIGNO DE NUEVA CIVILIZACIÓN**

Luego de haber analizado en el capítulo anterior que el sentido del hombre no se funda solo en sí mismo, en su progreso y evolución civilizadora, sino en la conjunción y contemplación de este, con su entorno, con los otros y con el absoluto. Ahora, en el segundo capítulo mostraremos que la civilización humana, constituida de un conjunto de ideas, costumbres que singularizan el progreso y evolución de un pueblo, es apelada por la civilización del amor, la cual no es sino la realización plena de la caridad cristiana. “El verdadero desarrollo es el paso para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas” (Vidal, 1991, págs. 91-92).

Jesús se convertirá en este capítulo en prototipo civilizador. Su vida de constante testimonio de servicio y entrega, nos mostrarán el camino de verdadera humanización. Desde ahí, la pobreza y la cruz acogida por Cristo tienen como meta la civilización del amor. De tal forma al asumir también nosotros, la pobreza y la cruz de Cristo, estamos participando del mismo modo del proyecto civilizador del amor que rebasa todas las fronteras de la inequidad, y nos muestra verdaderos lazos de unidad y fraternidad.

#### **2.1. La encarnación nos revela la limitación y la trascendencia**

En el momento de la creación el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios (Gen 1,26) es decir el hombre vivía en un estado original perfecto: sin ningún tipo de limitaciones, sufrimientos y necesidades (Moltmann, 2004, págs. 335-336). El paraíso es fiel reflejo de ello, como nos dice Eugen Drewermann, (1996): “es un jardín maravilloso, una tierra paradisíaca, un país de ensueño y felicidad en tanto que el hombre permanezca en el estado en que Dios lo ha puesto” (pág. 23). En otras palabras, el paraíso es la realización plena, es el cielo y donde la relación del hombre con Dios es muy cercana. Pero vivir en él

tiene un precio, cumplir un mandato: no comer del árbol que se encuentra en el centro del paraíso (Gen 2, 9). Sólo manteniéndose en ese precepto, el hombre puede estar en perfecta armonía con Dios (Drewermann, 1996, págs. 19-25).

Pero eso no le bastó al ser humano, sino al contrario al descubrirse limitado: “No comeréis del árbol de la ciencia del bien y del mal” (Gen 2,17), su “ser” es deslumbrado por el mal: “seréis como dioses” (Gen 3,5). En consecuencia, aquel suceso más que enriquecerlo, le hizo descubrirse desnudo, sin la gracia: “Yahvé Dios llamó al hombre y le dijo: «¿dónde estás?»» Éste contestó: «Te he oído andar por el jardín y he tenido miedo, porque estoy desnudo; por eso me he escondido.»” (Gen 3,9-10). Con ello se nos dice que el hombre ha perdido un puesto en el paraíso, ha sido expulsado (Gen 3, 24) y es entonces cuando el hombre se muestra con muchas necesidades, limitaciones y sufrimientos. En el paraíso lo tenía todo, pero al perder su centralidad, los sufrimientos, pobreza y limitaciones, entre otros, irrumpen; como diría Drewermann, E (1996), “el hombre ha quedado reducido al mundo, el cual lo angustia” (pág. 32).

Un tercero ha intervenido, y no es Dios, ni el hombre y ha puesto en juego la creación buena de Dios (Gen 1,31), con lo cual no contaba el Creador. Dios se sorprende; “¿Quién te ha hecho ver que estas desnudo?” (Gen 3,11). Ante tal pregunta el hombre no se hace ver tal cual es, puesto que ha sido limitado por el pecado y es el pecado quien gobierna en él. Desde ahí responde no por sí mismo, aceptando su error, sino al contrario echa la culpa a la mujer (Gen 3,12), cuando los dos tuvieron la responsabilidad de guardar dicho mandamiento: “Dios impuso al hombre este mandamiento: «Puedes comer de cualquier árbol del jardín, pero no comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que comieres de él morirás sin remedio»” (Gen 2,16-17). De esta forma el hombre por decisión propia dispuso apartarse de Dios y el mundo pasó a ser más que una ganancia y alegría, un motivo de tristeza y angustia. Por su cerrazón de corazón, el hombre emprendió un camino inhumano.

Pero a pesar de la desobediencia realizada, Dios no abandona al hombre, al contrario, se muestra compasivo y misericordioso ante sus pobreza, limitaciones y necesidades: “Yahvé Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió” (Gen 3,21). A pesar de todo,

Dios se compadece del ser humano, le restituye algo de dignidad, que no había sido limitada por Dios, sino por causa del mismo hombre, cuando comenzó a pensar en sí mismo. De tal forma la relación entre Dios y el hombre cambió al quedar herida; fueron arrojados del Jardín del Edén (Gen 3,23) por tal desobediencia.

Respecto a lo dicho, un ejemplo de tal dimensión lo encontramos desarrollado de manera completa en los salmos. Allí el salmista expresa con todos sus sentimientos lo que vivía el pueblo de Israel, las diferentes limitaciones y necesidades que el hombre tenía ante las manifestaciones contradictorias del hombre en contra de sí mismo, tales como la envidia, las injusticias, la soledad, la violencia, la guerra, entre otras. Demostrando así ante tal impotencia que el hombre ha tratado desde siempre de desahogar sus penas y dolores a través de la expresión de los salmos, oraciones, cánticos, alabanzas, entre otros; todo lo ha hecho refiriéndose a su Creador a quien pide compasión y misericordia ante su vida encerrada en sí mismo.

Igualmente, ya en el Antiguo Testamento los profetas tales como Isaías, Ezequiel y otros, manifestaron esa impotencia humana a través de la esperanza de la venida del Mesías: “Porque una criatura nos ha nacido un hijo se nos ha dado. En su hombro traerá el señorío, y llevará por nombre: Maravilla de consejero, Dios Fuerte, Siempre Padre, Príncipe de la Paz” (Is 9,5). De esta manera el profeta Isaías, confortaba a su pueblo, le daba esperanzas de seguir firme en el camino del Señor, le invitaba a no apartarse de Él a pesar de las dificultades y problemas que puedan surgir, puesto que ya viene el que hará justicia y nos mostrará el verdadero camino de humanización.

Desde ahí la esperanza de que alguien, un Mesías, nos devuelva la dignidad y nos salve está presente desde ya en el Antiguo Testamento. Pero ese alguien no es un hombre cualquiera: no hay ningún justo, todos han pecado y están limitados (Rom 3,23). Un hombre cualquiera no podría haber sido mediador para restablecer nuestra relación con Dios, ya que la ofensa que se hizo contra Dios no fue entre iguales. Al contrario, fue una ofensa realizada hacia una dignidad mucho mayor que la nuestra. En efecto, como diría Santo Tomás de Aquino (1960), un hombre cualquiera no pudo haber realizado tal mediación, puesto que es un

hombre limitado, sin gracia; sino que el mismo Dios tuvo que encarnarse y hacerse uno de nosotros; sólo así, siendo Dios y siendo hombre, pudo restablecer nuestra humanidad caída por el pecado y devolvernos la gracia, la misma que es como el pasaporte de un ciudadano para entrar en un lugar; en este caso para nuestra salvación (Parte III, q, 1, art. 2).

Además, debemos tener en cuenta que no es el hombre el que se encarna en Dios, puesto que la humanidad tiene limitaciones que no pueden rebasarse por sí mismas. Ese es el verdadero sentido del Concilio de Calcedonia (451): “No es un hombre el que se hace Dios, sino el Hijo el que se hace hombre” (Duquoc, 1981, pág. 245). Sólo así, donde Dios es el que toma la iniciativa a pesar de las consecuencias que lleva eso, se hace pecado, (2 Cor 5, 21) por pura misericordia, para restablecer nuestra humanidad caída.

A. Torres Queiruga (1995), ya lo manifiesta: Por fin hay un *hombre* –hombre real y verdadero con todas las consecuencias, sometido a la condición humana en toda su impotencia, hecho «pecado» (=Hamartía: 2Cor 5,21)– que, al mismo tiempo, es Dios –es decir, que tiene fuerza para romper, *desde dentro* mismo de esa condición humana, nuestra impotencia, abriéndola a la posibilidad de una realización infinita (pág. 177)

Asimismo, por otro lado, el apóstol Pablo comentaría: “Ya conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo, rico se hizo pobre por vosotros para enriquecernos con su pobreza.” (2 Cor, 8,9). Esto es clara alusión de que sólo así, el Hijo de Dios, en su inmensa misericordia con la humanidad, nos hace ver que la verdadera humanidad no está en ser como dioses a partir de sí mismos, sino a partir de Dios, quien nos muestra a través de su hijo la verdadera humanidad. En consecuencia, como expresaría la profunda intuición teológica de la Patrística: “Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios” (Torres Queiruga, Recuperar la salvación, 1995, pág. 177). Únicamente en esta perspectiva el hombre es humanizado y recobra el camino imposibilitado antes de la encarnación, para su realización y felicidad plena.

Ahora bien, al encarnarse el Hijo de Dios en nuestra humanidad comparte también con nosotros nuestras limitaciones y necesidades, excepto en el pecado (Hb 4,15). En esta situación bebemos recordar que Dios prefirió a los pobres (St 2,5), tal fue el caso de su Madre,

Virgen pobre, humilde y sencilla (Lc. 1,38); si bien del linaje de David, pero no heredó gran cosa, y desde ahí dio testimonio de admirable pobreza. En la Introducción del *Comentario al Magnificat* de Martín Lutero (1520-1521) se dice:

La santa Virgen ha experimentado en sí misma que Dios le ha hecho maravillas, a pesar de ser ella tan poca cosa, tan insignificante, tan pobre y despreciada, ha recibido del Espíritu santo el don precioso y la sabiduría de que Dios es un señor que no hace más que ensalzar al que está abajado, abajar al encumbrado y, en pocas palabras, quebrar lo que está hecho y hacer lo que está roto.

La Madre de Dios hace partícipe de su Pobreza, a su Hijo. De ahí la pobreza acogida por el Hijo de Dios, transforma nuestra humanidad. Dios da la vuelta a la medalla, la pobreza ya no será vista sólo desde el plano humano, donde se identifica al pobre como: “necesitado, menesteroso y falto de lo necesario para vivir, o que lo tiene con mucha escasez” (Fabris, 1992, pág. 17); sino también desde el plan divino, donde la pobreza es un don de Dios.

“Cristo ha sido pobre e invita a los suyos a la pobreza. Los pobres son los amigos de Dios, los que forman parte de su Reino. La pobreza ayuda a conquistar el paraíso, a deshacer el orgullo, es el muro tutelar de la vida religiosa. El que no está dispuesto a sufrir las consecuencias de la pobreza, no es verdaderamente pobre.” (Loyola, 1952, pág. 742)

La pobreza es asumida por Cristo por amor. Será Él quien transforme este signo negativo en un signo de amor. Ella se convertirá en la vida de Jesús en una estrategia viable para transformar nuestra humanidad. “Cristo: El cual, siendo de condición divina, no reivindicó su derecho a ser tratado igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo...” (Fil 2, 5-11).

Jesucristo eleva así nuestra humanidad porque se hace pobre entre los pobres. Desde ahí, nos hace notar también que el hombre no es más hombre por lo que tiene, sino por lo que “es”, por su testimonio de desprendimiento y caridad. Refiriéndose a la ofrenda de la pobre viuda y cuestionando la ofrenda de los ricos (Mt 12,38-44), Jesús nos enseña: que los pobres al momento de dar y compartir no tienen ningún reparo en dar lo mejor de sí a sus hermanos y a Dios.

En las preferencias de Dios no entran ni los sectores sociales ni la ciencia de este mundo, sino solamente la sencillez y la humildad que hace que un hombre, al inserirse en la historia, lo haga como siervo en el “Siervo” único, que es quien da sentido a todo este camino (Bergoglio, 2013, pág. 107).

Asimismo, debemos saber también que la pobreza cristiana, no limita nuestra humanidad, al contrario, la pobreza vacía nuestras almas de las cosas terrenas, para llenarnos de Dios y de sus dones (Loyola, 1952, pág. 745). La pobreza cristiana nos libera de las ataduras mundanas, que no nos dejan reconocernos y peor aún ver a Cristo en el rostro del prójimo (Mt 25,40). En este ambiente, debemos acercarnos a Jesús y configurarnos con Él que acogió la pobre por amor, sólo en esa perspectiva seremos plenamente humanos, y así nuestro egoísmo individualista palidecerá y nuestro corazón se abrirá a todo el mundo.

Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros? (EG 8)

Por consiguiente, el Hijo de Dios se encarna en nuestra pobreza, y con ello desvela que la misma no es ningún obstáculo al proyecto de Dios, sino todo lo contrario la pobreza se vuelve en aliada de Dios. En este contexto, Dios traza su proyecto, ve a la pobreza como materia de humanización: De ahí que el ser humano solo acogiendo la pobreza a ejemplo de Cristo pudo reconocerse, asimismo, a los demás y a Dios. La pobreza cristiana nos hace contemplar nuestra humanidad en su profundidad, y desde ahí saca las escamas de nuestros ojos y nos hace ver a los “otros” como hermanos.

Una vez acogida por amor la pobreza cristiana no hay cabida en nuestro actuar y obrar para la deshumanización sino solo para la humanización. La solidaridad, la bondad, la paz, la fraternidad, entre otros se viralizan, y nos muestran una sociedad más justa y humana. Para los que acogen y viven la pobreza cristiana ya no hay amos, señores superiores, poderosos, y otros sino sólo “hermanos que sirven al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus

debilidades, en todas sus necesidades” (MV 4). Sólo en esas circunstancias de la vida, se cumple el mandato de Cristo de ser uno (Jn 27,22)

Por último, podemos concluir así, que la pobreza es la balanza que pesa y evalúa nuestra vida cristiana; en la acogida y vivencia de la misma se juega nuestro destino cristiano (salvación). “Ella es la única que nos asegurará la salvación de parte de aquel que «salvará al humilde y al pobre»” (Loyola, 1952, pág. 745).

## 2.2. La cruz signo de civilización

“La cruz”<sup>2</sup> era reconocida por los orientales como signo de castigo, por haber cometido un fraude o delito. De la misma forma por parte de los judíos, aunque con un significado incluso mucho más despectivo. La muerte en la cruz era calificada como una maldición de Dios (Dt 21, 22-23), es decir, era lo más despreciable que le podía suceder a cualquier persona, ya que además de sufrir y padecer los suplicios más terribles y atroces, tenía que verse también con el abandono de Dios.

Pero eso no es todo: los sufrimientos, las angustias, las enfermedades, la pobreza, entre otros, antes de la venida del hijo de Dios, eran como esa cruz que cargaban los culpables e inocentes. No tenían un sentido, sólo les llevaba a la nada: no había esperanza, reinaba la soledad, el temor, el miedo, la angustia. La muerte era el destino más próximo.

Es en este ambiente, que el Hijo de Dios irrumpe en la historia humana, se encarna y lo hace en una mujer, para enseñarnos no a ser dioses: perfectos, eternos, imperecederos, a ejemplo de los dioses griegos, que no tienen dolores, necesidades y sufrimientos; sino al contrario; al encarnarse y tomar nuestra naturaleza, también comparte con nosotros nuestras limitaciones y necesidades, nuestras cruces y nos da una lección de verdadera humanidad. Desde este aspecto el Hijo de Dios al igual que cualquier ser humano nace vulnerable, necesitado: tuvo hambre (Mt 4, 2); sed (Jn 4,7; 19, 28); sueño (Mt 8, 24) al igual que cualquiera de nosotros.

Al hacer alusión a tales limitaciones y necesidades humanas del Hijo de Dios, queremos expresar que Jesús ya desde que nace ha abrazado la cruz, cruz que no es sino la de ser también hombre, la de cargar la culpa heredada y la de vivir en la zozobra, el miedo y la

---

<sup>2</sup> La cruz como castigo procedía de oriente sobre todo de los persas; fue poco usada entre los griegos, pero mucho más en Cartago y, sobre todo, entre los romanos. Entre los romanos, era el suplicio más cruel e ignominioso (CICERÓN, *Verr.* 2,5,64), que sólo se aplicaba de ordinario a los esclavos o a los libres no romanos, por crímenes de homicidio, robo, traición y sedición (Haag, van den Born, & de Aulsejo, 1967, págs. 404-405).

angustia (Lc. 22,39-44); pero con la excepción de que el Hijo de Dios no cometió pecado alguno y con una *significación mesiánica* profunda y que de modo idéntico al ser humano, débil y efímero, carga en sus hombros la cruz (Duquoc, 1981, págs. 155-176). Pero la novedad de todo esto no está en que Jesús carga la cruz al igual que todos los seres humanos, sino en que la cruz es cargada por el Hijo de Dios, que no es un hombre cualquiera, es el justo con sus dos naturalezas: la *divina y humana*, (cf., Concilio de Nicea 325). Esto hace aún más noble dicho acto, dándole una significación soteriológica.

De tal forma el acto de Jesús de cargar la cruz y morir en ella tendrá un significado diferente al de la visión de los orientales, romanos y judíos. La cruz y sus consecuencias serán vistas como la puerta a través de la cual todo buen seguidor de Jesús pasa hacia el Reino prometido. El Cardenal Jorge Bergoglio (2013) se pronunció al respecto: “en la cruz está la historia del mundo: la gracia y el pecado, la misericordia y el arrepentimiento, el bien y el mal, el tiempo y la eternidad” (Pág. 89)

Así debemos destacar que Jesús en la profundidad de su sufrimiento y dolor nunca hizo alarde de su condición divina. Jesús sabía que sólo así, a través del acto Kenótico, podría testimoniar de la mejor manera a todos los hombres la verdad sobre la alianza y la gloria de Dios (Duquoc, 1981, pág. 165).

Desde esta óptica podemos ver a un Jesús humano, que es igual a nosotros, excepto en el pecado, que da testimonio de cómo debe ser el hombre; en otras palabras, Jesús es el prototipo humano (González Faus, 1984, págs. 223-225). Un modelo de tal magnitud solo lo encontraremos desarrollado y comentado en los Evangelios. Por ejemplo, en san Juan 8,3-11, podemos apreciar a un Jesús compadecido ante la mujer adúltera, que iba a ser apedreada. Va en su rescate, no quiere que sufra más: “Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra” (Jn 8, 7).

Asimismo, otro de los acontecimientos que nos ha llamado mucho la atención es el siguiente: Jesús se conmueve hasta las lágrimas por la muerte de su amigo tan querido: Lázaro (Jn 11,1-43). Demostrándonos así, que el acontecimiento de la muerte perturba también al

Hijo de Dios como a cualquier ser humano, puesto que Él también está sujeto a tales categorías humanas: es hombre y en cuanto hombre también sufre, todo esto en contra de la postura nestoriana: “*el Verbo es incapaz de sufrimiento*” (Denzinger & Hünemann, 2000, pág. 146). Ante tal cuestionamiento el Concilio de Éfeso (431) condenó el nestorianismo, y conservó la fe del credo Niceno (Denzinger & Hünemann, 2000, págs. 149-151). Sólo después, el Concilio de Calcedonia (451) ante la *herejía de Eutiques*<sup>3</sup>, declaró:

que se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio ni mezcla, sin división ni separación. La diferencia de naturalezas de ningún modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas y confluyen en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno sólo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo, como de antiguo acerca de Él nos enseñaron los profetas, y el mismo Jesucristo, y nos lo ha transmitido el Símbolo de los Padres (Denzinger & Hünemann, 2000, pág. 163)

Igualmente debemos tener en cuenta en contra del *monotelismo*<sup>4</sup>, que en Jesucristo no existe una sola voluntad (Chopin, 1974, pág. 100), sino, en consonancia con el III Concilio de Constantinopla (681): “Hay en Cristo dos operaciones y dos voluntades, totalmente distintas pero siempre de acuerdo” (Chopin, 1974, pág. 101). Todo esto como alusión a la voluntad humana de Jesucristo que tiene independencia de la voluntad divina (Denzinger & Hünemann, 2000, págs. 264-267). Pero claro, no al modo de la tiranía, es decir con dos voluntades contrarias, sino a modo de dos voluntades que siempre están de acuerdo, de ahí que entre las mismas no hay oposición, y esto debido a que su voluntad humana sigue y se somete a la voluntad divina. Por consiguiente, siguiendo las enseñanzas del III Concilio de Constantinopla (681), se expone: “que la voluntad humana se somete a la voluntad divina, «de

---

<sup>3</sup> Conocida como “*el monofisismo de Eutiques*”: Eutiques no admitía que la carne del Salvador fuese consubstancial a la nuestra, a pesar de afirmar que la Virgen nos es consubstancial. Decía también: «Confieso que nuestro Señor fue de dos naturalezas antes de la unión, pero después de la unión ya no veo en Él más que una sola» (Chopin, 1974, págs. 93-94).

<sup>4</sup> Según la etimología, el monotelismo designa la herejía de los que profesan la existencia de una sola voluntad en Jesucristo. Esta herejía se expresa, por ejemplo en el apolinarismo (Chopin, 1974, pág. 100).

esta manera, dice, proclamamos dos operaciones y dos voluntades que concurren juntamente a la salvación del género humano»” (Chopin, 1974, pág. 101).

Además, podemos decir que Jesús no se quedó al margen de la cruz de la vida, donde el dolor, el sufrimiento, y las tristezas son el pan de cada día, sino al contrario participó de ella y vivió muy de cerca, en carne propia; un ejemplo de tal magnitud lo encontramos expresado en el momento de su pasión y muerte, donde sufrió el peor de los suplicios que se podía imaginar en contra de un ser humano (Is 52,14).

Al saber que se aproximaba la hora de su pasión, en el huerto de los Olivos Jesús se apartó de sus discípulos, necesitado del auxilio del Padre, y puesto de rodillas, oraba así: “Padre si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Entonces se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba” (Lc 22, 42-43). De tal forma, decimos que la humanidad de Jesús se turbó ante la aproximación de su pasión, como todo ser humano que sabe que su muerte está cerca, y más aún, podemos ver más adelante que Jesús es insistente: “Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en Tierra” (Lc 22, 44); pero por encima de todo esto, estaba la voluntad divina, como ya lo dijimos anteriormente.

Una vez apresado por sus verdugos es llevado a soportar el peor de los suplicios: traicionado por Judas (Mt 26, 47-50), condenado a muerte por el consejo (Mt 26, 57-68), negado por Pedro tres veces (Lc 22,61), juzgado por Pilato (Mt 11,26), azotado y coronado de espinas (Mt 27,26-29), carga la cruz (Jn 19,17), crucificado (Mt 19,17,22) y muere en la cruz (Mt 19,30). Todo este sacrificio “*para expresar y purificar el amor*” (Evely, 1964, pág. 60).

Así que, la decepción, la angustia, el dolor, el sufrimiento, la tristeza, la cruz, la muerte, entre otras, deben ser entendidas no sólo a partir de nuestra humanidad, sino también a partir del acontecimiento Cristo. Sólo Él nos da el verdadero significado del enigma. Como expuso, E. Louis (1964):

El sufrimiento es sagrado porque confiere a aquellos a quienes desgarrar el parecido más intenso con el Hijo doloroso cuya cruz salva al mundo. El mayor desgarramiento es la más fiel configuración con el Señor. Un corazón torturado que mira al padre es la más viva imagen del redentor (pág. 84).

Nuestra naturaleza humana debe ser entendida desde ahí: no se sufre por sufrir, sino todo lo contrario, se sufre por algo o por alguien; y es más significativo si el dolor está invadido de amor verdadero. Sólo en esa perspectiva: “en dar la vida por los demás” (Mt 20, 28), claro en clave evangélica, el sufrimiento encuentra sentido. Un ejemplo claro de todo esto lo encontramos expresado en el pasaje de Mt 25, 40: “Os aseguro que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”, y promete la vida eterna aquellos que cumplen con tal disposición (Mt 25, 46).

Jesús da la vida por todos nosotros, sufre por nosotros, sale de sí mismo (kénosis) para que nosotros tengamos vida y cambia así la perspectiva y significación de la cruz. La cruz consistirá entonces en dar la vida por los demás, en morir a nosotros mismos, a nuestros egoísmos y ambiciones, sin ningún reparo: esto a ejemplo de “la semilla de trigo sembrada en la tierra que, si no muere queda infecunda; pero si muere, producirá mucho fruto” (Jn 12,24). Justamente así nos proyectaremos a la verdadera fraternidad, convivencia, y comunidad: donde las imágenes de un espejo ya no reflejarán solo nuestros rostros, sino también se verá despejado el rostro de los demás. En consecuencia, esto alimentará nuestra vida de fe, esperanza y caridad.

De tal forma en una comunidad de hermanos, el dolor, los sufrimientos y las tristezas, entre otros deben ser compartidos y vividos teniendo en cuenta las virtudes teologales, que penetran en lo más íntimo de la vida cristiana y nos enseñan que todo padecimiento humano confrontado con Cristo ha quedado ya redimido: fe; que el dolor los sufrimientos y las tristezas no tiene la última palabra: esperanza; y que sólo en el amor pueden ser comprendidos: caridad. Sólo en ese ambiente los mismos serán acogidos y aceptados. De ocurrir lo contrario la cruz seguirá siendo el peor de los suplicios y más aún el dolor y las heridas no tendrán fin, es decir, jamás serán curados y sanados.

Por consiguiente, la cruz cristiana no es un signo de atrocidad, sino de amor, de renuncia, de desprendimiento, de acogida al otro. La cruz está presente en nuestras vidas para provocar amor, para preparar y proyectar al ser humano a una vida más humana donde él también participa en los sufrimientos de los demás: se pone en los zapatos del que sufre, para hacer que también él viva y tenga consuelo y esperanza. Sólo en esta perspectiva la cruz es signo de civilización, signo que no asusta o denigra a la persona, sino al contrario, la cruz marca y transforma nuestras vidas, nos hace creativos hasta el infinito, nos hace ser otros cristos.

En el programa mesiánico de Cristo, que es a la vez el programa del reino de Dios, el sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la «civilización del amor». En este amor el significado salvífico del sufrimiento se realiza totalmente y alcanza su dimensión definitiva. Las palabras de Cristo sobre el juicio final permiten comprender esto con toda la sencillez y claridad evangélica (SD 30).

### 2.3. La resurrección de Cristo nos revela la verdad del hombre

La muerte de Jesús en la cruz parece haber agotado todas las expectativas de los apóstoles, discípulos y seguidores. Pero Jesús no es ningún impostor como lo afirmaban los sumos sacerdotes y los fariseos (Mt 27,63); al contrario, quiere cumplir lo que se había anunciado ya desde antiguo en las escrituras: “al tercer día nos hará resurgir y viviremos en su presencia” (Os 6,2); sólo desde ahí se entienden todos los acontecimientos de Jesús (Duquoc, 1981, pág. 351). El Catecismo de la Iglesia Católica (2011) nos dice:

La resurrección es *cumplimiento de las promesas* del Antiguo Testamento (cf. Lc 24, 26-27. 44-48) y del mismo Jesús durante su vida terrenal (cf. Mt 28, 6; Mc 16,7; Lc 24, 6-7). La expresión “según las escrituras” (cf. 1 Co 15, 3-4 y el Símbolo niceno-constantinopolitano) indica que la Resurrección de Cristo cumplió estas predicciones (nº. 652).

Jesús, resucitará al tercer día. Pero tal convicción no está clara en el pensamiento de sus seguidores, uno que otra duda; y esto debido a su fragilidad humana: falta de fe (Jn 20,25), inseguridad (Jn 18,25) y desconfianza (Lc 24,25-27), propias de las limitaciones humanas que nos ciegan y no nos dejan ver más allá de nosotros mismos.

A pesar de todo lo que han visto hacer a Jesús, quién curó a los enfermos, expulsó a los demonios, resucitó a los muertos, entre otros; la angustia y el miedo, se apoderó de ellos (Jn 20,19). Parece como si la pasión y muerte de Jesús hubieran sido en vano. Pero al contrario lo que acontece no puede ser comprendido a simple vista, pues nuestra humanidad tiene ciertos límites que no pueden ser rebasados a través de razones humanas, sino solo a partir de la conjunción de nuestra vida con la gracia, la misma que nos abre caminos impenetrables y nos hace ir más allá de nuestras limitaciones. De este modo nuestra ceguera es curada y nos deja ver con claridad lo extraordinario: La resurrección (Dufour, 1974, págs. 67-161).

Así al resucitar Jesús transformó nuestro mundo y nuestra humanidad: ¿no ardían nuestros corazones? (Lc 24,32). Es así como el mundo y nuestra humanidad se convirtió en morada idónea para la resurrección (Ayel, 1980, págs. 39-45). En otras palabras, la resurrección irrumpe como signo esperanzador ante nuestras pobreza, sufrimientos, y

limitaciones, entre otras. Pero como expone, T. Queiruga Andrés., (2005) aquello tampoco significa la desaparición de la cruz o el paraíso en la tierra (págs. 128-129).

Pero, no por ello cae en la desesperación. Porque la resurrección, al mostrar que la realidad en su entero destino está envuelta por un amor infinito, más poderoso que el mal, le quita a este la última palabra. No niega su terrible fuerza histórica, pero no lo reconoce como absoluto: más aún, sabe que, en definitiva, ya está vencido, pues ni siquiera su bastión en apariencia irreductible, la muerte –el «enemigo último» (1 Co 15,26)–, pueden con nuestra vida (Torres Queiruga, La resurrección como horizonte, 2005, pág. 129).

Así Jesús irrumpe en la historia humana como el mediador entre Dios y los hombres. La encarnación, pasión, muerte y resurrección de Jesús, restablecen el puente que antes había estado roto, por el pecado y que ahora ha sido repuesto para que resurja de nuevo la relación entre Dios y los hombres. Él se ha convertido de esta forma en el nuevo Adán: “Pues del mismo modo que por Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo” (1 Cor 15,22). Con Él nuestra humanidad es exaltada: si por el delito de un hombre reinó la muerte, ¡con cuanta más razón los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia reinarán en la vida por uno, por Jesucristo! (Rom 5, 17). De esta forma, Cristo nos revela la verdadera vocación de los hombres.

La resurrección de Jesús es la entrada en una vida nueva, una vida sin muerte en el horizonte. Una vida para siempre: La Vida. La misma y completamente distinta, una vida nueva. No sólo la vida enraizada es la tierra y el agua, la carne y la sangre y sujeta al ciclo biológico de la muerte humana. Sino una vida transformada por la vitalidad de Dios, animada por el Espíritu de Dios, una vida glorificada en Dios, la Vida eterna (Lochet, 1980, pág. 61).

Desde esta perspectiva la fundamentación soteriológica toma forma y sentido. La salvación sólo es posible a través de Cristo; en Él nuestras pobreza, sufrimientos, angustias y hasta la misma muerte han sido enfrentadas y las mismas no han tenido la última palabra. Es decir, ellas no son el sentido de nuestro existir; sino, “una mediación a la cual nos invita el mismo Cristo al salir del acontecimiento pascual” (Evely, 1964, pág. 11).

Los sufrimientos de la humanidad, sólo pueden ser entendidos y comprendidos en Cristo: Él es el primer testimonio y desde ahí debemos adherir los nuestros al suyo (Evely,

1964, pág. 13): “Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y mi gloria se ha manifestado en ello” (Jn 17,10). De la misma manera debemos comprender que los sufrimientos que llevamos a costas son también aquellos que faltan a los sufrimientos de Cristo y todo esto en provecho de su cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 24).

Por otro lado, debemos tener en cuenta que la resurrección no aniquila nuestra humanidad: “la salvación no afecta sólo a «las almas» sino a la totalidad de la persona, la cual no existe fuera de su envoltura carnal, de su unión con los demás y de su historicidad” (Ayer, 1980, pág. 41). El cuerpo resucitado de Cristo no es fantasmal. Recordemos las palabras de Jesús cuando se dirigió a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado»” (Jn 20,27). El cuerpo de Jesús es el mismo que sufrió la pasión y muerte. Pero es un cuerpo que ha alcanzado la gloria; en otras palabras, no es un cuerpo cualquiera, es un cuerpo espiritual, la corrupción ya no gobierna en él, y está libre de las leyes a las que había estado sometido antes de la muerte. De este por la resurrección Jesús ha sido transformada, ya no es un simple volver a la vida, sino al contrario ha pasado a una existencia nueva (Chopin, 1974, págs. 245-246).

De tal forma Cristo es el prototipo de nuestra resurrección que desde entonces se puede explicar que: “La resurrección de Cristo es también nuestra resurrección” (Ratzinger, 2007, pág. 188). Manteniendo ello podemos afirmar que nuestras limitaciones, pobreza, y sufrimientos algún día tendrán su fin.

En consecuencia, Jesús ha dado todo, su entera vida; no se aguardado nada para sí. De este modo toda su vida tiene lógica: su pasión, muerte, resurrección y ascensión; todo en unidad; sin una la otra no puede ser.

Con la resurrección de Jesús (Rom 8,18 ss) nace la fe, la esperanza, y la misión de la Iglesia (González Faus, 1984, pág. 147); y con la misma se hace realidad la esperanza del hombre. Los apóstoles, los discípulos y los seguidores de Jesús, comienzan la misión y la predicación. Asimismo, con la resurrección se ha clausurado toda posible revelación, ya no

habrá más revelaciones puesto que la revelación de Jesús es el culmen (Heb 1,1-4) (González Faus, 1984, pág. 163).

Por su parte la ascensión expresa que uno de nosotros está ya junto al Padre. Sólo en esa perspectiva es posible decir que el hombre ha encontrado en Jesús el paso para estar de nuevo junto a Dios:

Ese hombre de nuestra raza ha atravesado la barrera que nos separa del absoluto (4,14), ha entrado en los cielos (el autor gusta de las metáforas locales, las cuales, no obstante, deben ser entendidas más allá de su significado local: el cielo como lugar lo crea la misma Resurrección). Ese hombre de nuestra raza se ha «sentado a la diestra de Dios» (1,3: 10, 12; 12, 2...), expresión de que también pretende ser liberada de su significado local y quiere decir: ha alcanzado el rango ontológico o la dimensión de la Divinidad (González Faus, 1984, pág. 149).

De este modo el camino de peregrinación se hace seguro para todo creyente. Cristo lo ha inaugurado en su pasión, muerte y resurrección; y sólo a través de Él todos salimos ganando. La resurrección y la ascensión hacen más creíbles el misterio soteriológico al que está destinado el hombre desde que nace. Cristo, al ser el puente y mediador entre nosotros y Dios, ha revelado el verdadero destino y sentido del hombre, como diría san Atanasio: “Dios se hizo hombre, para que el hombre se hiciera Dios” (Torres Queiruga, Recuperar la salvación, 1995, pág. 177).

Desde esta perspectiva el hombre ya no debe vivir sometido al temor de los dioses. Dios ya no es un dios desconocido, extraño, vengativo; como los dioses griegos, sino todo lo contrario es un Dios revelado, vivo y encarnado; y al encarnarse también podemos decir que le interesamos, que no somos ningunos extraños, que al contrario le importamos: “No es una divinidad aplastante y destructora. Se ha insinuado incluso que Dios mismo se puede reconocer en el hombre y contemplar en el su propio rostro” (Gesché, 2002, pág. 77). Desde aquí podemos decir que la identidad de Jesús nos revela el sentido y destino del hombre (Uríbarri, 2008, págs. 409-411).

Por tanto, desde esta óptica podemos manifestar que nuestras pobreza, limitaciones y sufrimientos no son nada comparado con lo que nos espera; puesto que en las mismas lo perdemos todo para ganarlo todo: el Reino de Dios. De esta forma no es que Dios sea cómplice del mal, de la pobreza, del sufrimiento, del dolor, entre otros, como piensan aquellos que viven el sufrimiento en su humanidad sin meditarlo y comprenderlo. Al contrario, con el proceso de Cristo el argumento del dolor, pobreza, sufrimiento, angustia, no tienen fundamentación, no tienen la última palabra, como precisa A. Torres Q. (2005):

Gracias a él, nosotros estamos en mejores condiciones: ya no tenemos derecho a poner en duda que detrás del mal no se esconde un Dios que abandona, calla o se desentiende, sino un *Abbá* que está volcado en nosotros con toda la fuerza y la actividad de su amor compasivo y liberador (pág. 123).

## CAPÍTULO III

### LA IMAGEN LÓGICA DEL AMOR DE DIOS

#### 3.1. Caminando en la lógica del amor de Dios

En el transcurso del cristianismo han ocurrido un sinnúmero de acontecimientos que, analizándolos desde nuestra lógica humana, son complejos y abstractos, por ejemplo, ¿cómo puede ser posible que una persona entregue su vida por testimoniar su fidelidad a Dios? Sacrificios, flagelaciones, persecuciones, a los que eran sometidos los cristianos durante el proceso de configuración de la religión cristiana en el mundo son testimonios deshumanizantes y escandalosos que han cuestionado a la humanidad en todas las épocas, pero sin duda tales acontecimientos de entrega, fidelidad y amor a Dios, que podemos verlos plasmados hoy en los libros de los santos y en los martirologios, querían y quieren decirnos algo.

Su motivación para realizar tales sacrificios, que en muchos de los casos eran un atentado contra su propia vida e integridad, no era la del mundo, sino la de la persona de Jesucristo; ya lo decía el apóstol Pablo: “Si hemos muerto con él, también viviremos con él; si nos mantenemos firmes, también reinaremos con él; si lo negamos también él nos negará; si somos infieles el permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo” (Tim 2, 11-13). Así que ofrendaban sus vidas sin ningún temor a perderla, sino al contrario, lo hacían todo con garantía de una ganancia. San Ignacio de camino al martirio exclamó:

En la esperanza de la resurrección, cuán maravilloso es “venir del ocaso del mundo hacia Dios, para levantarse junto con El”. El cristiano no teme a la muerte por el martirio, pues “quién sufre por la gloria de Cristo, entra en comunión con el Dios vivo” (Figueiredo, 1991, pág. 87).

Pero estas demostraciones de amor a Dios no solo se dieron en el contexto de la persecución de los cristianos, sino también en las épocas de armonía, en las que la Iglesia podía expresar su fe con libertad (Edicto de Milán 313). En efecto, parece que la lógica del

amor de Cristo había invadido sus vidas y la misma invitaba a perseverar en la fe, en los diferentes acontecimientos que se presentaran. Así que, contagiados del evangelio, tenían esa convicción de hacer de su vida ordinaria algo ejemplar y digna a los ojos de Dios y de los hombres. Solo así hacían de sus vidas un evangelio abierto, para que fuera leído por los gentiles y paganos (Simón, 1988, págs. 232-244).

Al ver el testimonio de los cristianos, que después de haber superado su cruda apertura en la sociedad como religión, donde habían sido perseguidos y discriminados, pero nunca desalentados, sino todo lo contrario, motivados por dar su vida por la causa del evangelio, muchos gentiles y paganos también abrazarán la fe cristiana. Esto enriqueció a la Iglesia y fue entonces cuando además de los mártires comenzaron a surgir santos con carismas y dones espirituales profundos: prácticas y ascesis espirituales lo testimonian, y las mismas no eran sino la continuación del evangelio. Además de los santos de los primeros siglos, muchos otros se les unieron: san Antonio ermitaño, san Benito y su ejército de monjes, santo Domingo y los suyos, san Francisco de Asís, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, San José de Calasanz y san Ignacio de Loyola, san Vicente de Paúl y san Juan de Dios y tantos otros, dan fe de que la lógica del amor de Dios sobrepasa las barreras humanas (Simón, 1988, pág. 250).

Así esto más que ser una gesta heroica, realizada por los mártires y santos, fue una motivación para que todos los cristianos abracemos la cruz. No la rehuyamos, ya que Cristo nos ha mostrado el camino; no tengamos vergüenza o temor al qué dirán, sino al contrario, si hemos encontrado la cruz, abracémosla y agradezcámosla por la oportunidad que se nos da de sumarnos a la mortificación del Señor. De esta forma sumerjámonos en el mensaje del Viernes Santo, donde se nos propone renunciar a los placeres del mundo; puesto que si no sufrimos no habremos de salvarnos (Bollini, 2008, págs. 125-126).

Desde esta óptica podemos ver que la lógica del amor de Dios consiste en el derroche del amor que Dios ha tenido por la humanidad. Expresado como el amor ilimitado, que no se queda en las limitaciones humanas, sino que va más allá de los cálculos y las lógicas materialistas de la sociedad contemporánea. Esto nos hace ver un amor puro que es capaz de darlo todo: “La prueba de que Dios nos ama, es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores

murió por nosotros” (Rom 5, 8). No escatimó nada para dejar de lado la cruz, al contrario, entregó su vida en la misma, sellando así su amor a la humanidad entera. Así podemos decir que el amor de Dios no conoce fronteras, al contrario, las rebasa todas; no tiene cálculos y se derrama como don y gratuidad. De esta forma, Cyril Martindale (1988) en el libro de “*los santos*” al hablar de san Hermann el inválido (1013-1054) llega a la conclusión:

En este pobre hombre deforme de la Edad Media, brilla el triunfo de la fe que inspiró el amor y el triunfo del amor siempre fiel a la fe profesada. Hermann nos demuestra que el dolor no significa infelicidad y que tampoco el placer es sinónimo de felicidad. (Martindale, 1988, pág. 59).

Por eso mismo debemos tener en cuenta que los diferentes obstáculos y problemas que se nos presentan en la vida cristiana revelan sólo una parte de su sentido. Por decirlo así, el hombre a lo que debería temerle es a la muerte eterna, al sufrimiento inútil, definitivo y no al sufrimiento temporal (SD 16). Desde esta perspectiva, por ejemplo, debemos comprender que una enfermedad sólo nos muestra la frustración, el dolor y la angustia, y esto debido a que tal estado es considerado solo desde el ámbito corporal; pero, si además del aspecto corporal incluyéramos en dicho padecimiento el espiritual, otra sería la reacción. Dicha enfermedad ya no sería vista solo como un obstáculo, donde el temor y el miedo se apoderan del enfermo, sino como una oportunidad para ofrecer los dolores y sufrimientos a Dios. Y esto sólo es posible en el marco cristológico donde “Cristo ha elevado el sufrimiento a nivel de redención” (Larrañaga, 1984, págs. 195-198).

Consiguientemente el hombre no debería temerle a ningún padecimiento, puesto que se sabe que a través del mismo también participa del sufrimiento redentor de Cristo (SD 19). Solo en esa perspectiva el dolor, el sufrimiento y la pobreza tienen fundamentación, no como objetivo sino como medio; de no ser así los mismos carecerían de sentido y viabilidad dentro de la vida cristiana y peor aún en la sociedad contemporánea.

La cruz (Lc 9,23) y la pobreza (2 Cor 8,9) son signos de contradicción, y los mismos son entendidos sólo a través de la lógica del amor de Dios; es allí donde adquieren significación. A pesar de que Cristo, los mártires, los santos las hayan elevado a lo más alto,

parece que en la actualidad las mismas carecen de sentido. El desarrollo de la ciencia y de la técnica, junto con el materialismo, consumismo e individualismo, han oscurecido la verdad evangélica de la pobreza y la cruz (Mt, 4, 24), sin darse cuenta de que tal amnesia lo está hundiendo en la nada y en el sinsentido. De esta forma una parte de la sociedad contemporánea está involucrada en la tergiversación del evangelio, puesto que la misma no nos ofrece trascendencia, sino solo paliativos para nuestro sufrimiento eterno. ¡Qué pena! pero esa es la realidad, las aspiraciones de los hombres hoy son las del mundo, cuando deberían ser las de Dios, las de la santidad (Adolfs, 1967).

En este ambiente, todo cristiano tiene como misión hacer que la pobreza y la cruz adquieran el mismo sentido que hace dos mil años; y que ha existido en el pasado y en el presente en muchos cristianos, mártires y santos. No es una tarea fácil ante un mundo que nos seduce a cada instante. Es decir, además de las riquezas prominentes que el mundo nos ofrece para vivir cómodamente, que son buenas por supuesto, también nos dejamos cautivar y seducir por su materialidad, corriendo así el peligro de fundirnos con ella, sin tener la oportunidad de ir más allá y palpar así el verdadero sentido de la vocación del hombre que no es otra sino Dios. Verdaderamente es un reto ante la campaña y la propaganda exuberante del mundo.

Es entonces donde entra en juego, en la vida de todo cristiano, el testimonio de la lógica del amor Dios, que nos revela el verdadero sentido de la pobreza y de la cruz. De ahí que el drama no está en sufrir o carecer de algo, sino en que las carencias y los sufrimientos sean en vano e inútiles (Larrañaga, 1984, pág. 195). Esto ya fue el drama del profeta Job, aunque el dilema no fue resuelto del todo con él, sino sólo con Cristo pobre, quién crucificado y resucitado nos dará la solución.

A pesar de que la pedagogía de Job no da la solución al problema, puesto que el sufrimiento aún en Job no es redentor; el mismo ya nos muestra algunos indicios de cómo enfrentar el sufrimiento y hacer del mismo algo provechoso. Ante la pobreza y el dolor no queda más remedio que aferrarnos a Dios; y este aferrarse no consiste en hacer preguntas y reclamos, sino en quedarse en silencio y doblar las rodillas: comprender que “a Dios no se

llega entendiendo, sino adorando, y que cuando se adora todos los enigmas quedan esclarecidos” (Larrañaga, 1984, pág. 201).

La lógica del amor de Dios entonces queda esclarecida en la vida de todo cristiano, que todos los días se convierte en “imitador de Cristo”, no en la forma de los payasos y actores, sino en la forma de la configuración con Cristo en los sacramentos, donde el cristiano se reconoce pobre y toma la cruz sin ningún tipo de vergüenza.

Si de verdad estos signos son ofensivos para la sociedad contemporánea hoy, para un cristiano deben ser el centro y reflejo de su vida espiritual. Cada vez que nos persignamos y vemos una cruz debemos darnos cuenta de que no estamos solos en este mundo, sino todo lo contrario, Cristo está con nosotros y Él es nuestra alegría y compañía en los momentos de carencia y dolor.

Por ende, la pobreza y la cruz, entendidas sólo en la lógica del amor de Dios, adquieren su mayor esplendor. Éstas son signos de desarrollo y progreso hoy, ante una sociedad ansiosa, ambiciosa y orgullosa, que ha sobredimensionado el valor de la riqueza y el rechazo al dolor y ha convertido o inflado su ego hasta llegar a la resolución de que sólo ella se basta: Pero “de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida” (Mt 16, 26).

En conclusión, la lógica del amor de Dios no es un retraso al progreso humano, sino un dilema que nos invita a ser otros Cristos, en pocas palabras a ganar el Reino de Dios. Y sólo así el cristiano, seguro de su vocación, toma la pobreza y la cruz no como una carga, sino como su mayor aliada, abajamiento/kénosis, para peregrinar seguros y confiados hacia el Reino de Dios: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quién pierda su vida por mí, la encontrará” (Mt 16, 24-25).

### **3.2. Testimonios de la pobreza y la cruz**

Anteriormente hemos visto cómo el cristiano debe enfrentar la pobreza y el sufrimiento, no desde sí mismo, sino desde la lógica del amor Dios, donde tales signos de contradicción hallan sentido. Ahora, en cambio, presentaremos en este apartado el testimonio de san Francisco de Asís, Edith Stein (llamada santa Teresa Benedicta de la Cruz O.C.D), y san Vicente de Paúl. No tuvieron temor y miedo en sus contextos de ser una señal de contradicción para el mundo, sino todo lo contrario, acogieron la pobreza y la cruz con entusiasmo y alegría, y así nos legaron una gran enseñanza que en la actualidad no ha quedado caduca. Igualmente, desde ahí disertaremos sobre algunos parámetros para hacer de la cruz y de la pobreza, no unos obstáculos que intervienen en el progreso y desarrollo de la humanidad, sino unos aliados que humanizan nuestra vida cristiana y la sociedad entera.

La pobreza y la cruz han sido y son objeto de grandes cuestionamientos en la vida de toda persona, algunos los han identificado como signos negativos que atentan contra la dignidad y los derechos del hombre; desde ahí es oportuno aclarar y defender su verdadero valor y significación en la vocación de toda persona.

Para atestiguar su inocencia ante los detractores, que exaltan la riqueza y el rechazo del dolor como argumento a su favor, es necesario traer a la memoria a san Francisco de Asís (1181-1226), quien defendió la pobreza como si fuera una perla preciosa. Él no habla sólo de una tradicional pobreza religiosa, sino de una pobreza radical (Guerra, 1993, págs. 11-12). San Francisco no dudó en abrazar la pobreza, hizo alianza con ella porque sabía que el mismo Cristo la había acogido como parte de su proyecto:

No sin razón, se atribuye todo esto a la pobreza, cuando el mismo Hijo de Dios, el Señor de las Virtudes, sintió por ella una predilección especial, la buscó y la encontró cuando realizaba la salvación en la tierra. Fue a la pobreza que en el comienzo de su predicación puso como lámpara en manos de los que entran por la puerta de la fe y como roca en la cimentación de la casa (Guerra, 1993, pág. 934).

San Francisco ya desde los inicios de su conversión también se dedicó a buscar, encontrar y retener la santa pobreza, porque estaba seguro de que a ella el Señor le había confiado las llaves del Reino de los cielos (Guerra, 1993, pág. 935). Desde ahí dedicó toda su vida de forma abnegada a consolidar dicha alianza.

Asimismo, comprendió en el transcurso del peregrinar cristiano que el Hijo de Dios acogió la pobreza con amor, porque sabía que sólo en ella podía enriquecer a toda la humanidad y no a unos pocos. Halló a la pobreza fidelísima en todo, puesto que:

Fue la única que permaneció unida al Rey de la gloria cuando todos sus elegidos y personas queridas lo abandonaron cobardemente. Pero tú como fidelísima esposa y tiernísima amante, no te separaste ni un solo instante de su compañía; incluso te mantenías más firme unida a él cuando veías que era más despreciado de todos (Guerra, 1993, pág. 941).

Desde esta perspectiva la pobreza le sumió en una mística intensa en su vida: ella se convirtió en su Maestra, ella le indicaba que el único tesoro al que todo hombre debe aspirar es el del Reino de Dios y desde ahí aprendió que era menester apoyarse en la misma, para así tener en menos las cosas de la tierra y vivir de las cosas del cielo. San Francisco nos legó así una enseñanza importante para todos los que aspiramos con toda seguridad a alcanzar el Reino de Dios: “La pobreza es la verdadera investidura del reino de los cielos, la seguridad de su posesión y como una santa pregustación de la futura bienaventuranza” (Guerra, 1993, págs. 934-935)

En este contexto la pobreza, acogida por san Francisco de Asís, a ejemplo e imitación de Cristo, nos hace más humanos, debido a que la misma nos acerca a las profundidades existenciales de la humanidad. Desde ahí, sólo si la acogemos y la vivimos en nuestro peregrinar cristiano, ya sea de manera espiritual o material, nos hacemos compasivos y misericordiosos con el prójimo; de ser lo contrario se seguirá hablando de una pobreza inhumana, que atenta contra la dignidad y los derechos de las personas.

Continuando con la defensa, es momento de dar paso a Edith Stein (1891-1942), llamada Santa Teresa Benedicta de la Cruz O.C.D, filósofa, mística, religiosa carmelita,

mártir y santa alemana de origen judío. Su vida mística nos ayudará a comprender ahora el sentido de la cruz. Convertida del judaísmo al cristianismo, al experimentar el testimonio de su amiga Anna, viuda de Adolf Reinach, a quien visitó por pedido de ésta, para clasificar los escritos del difunto. Al acontecer dicha visita Edith pensaba encontrarse con una persona desecha de dolor, pero no, “se encontró ante una mujer que sufría profundamente, pero que transmitía una paz radiante, alimentada por la esperanza” (Boufflet, 2001, págs. 20-21). Esto marcará en lo más íntimo la vida de Edith Stein.

Fue mi primer encuentro con la Cruz, con la fuerza divina que ésta concede a los que la llevan. Por primera vez se me apareció visiblemente la Iglesia, nacida de la pasión de Cristo y victoriosa sobre el aguijón de la muerte. En aquel mismo instante mi incredulidad cedió, el judaísmo palideció a mis ojos, mientras que la cruz de Cristo se elevaba en mi corazón: Cristo en el misterio de la cruz (Boufflet, 2001, pág. 21)

Además de dicho acontecimiento es importante asimismo destacar cualidades, valores y virtudes únicas en la vida de la santa: tenía una vasta inteligencia, tanto que sorprendía a propios y extraños; su don de gente era excepcional, todos quedaban encantados con su personalidad; modesta y austera; gozaba de una profunda vida espiritual lo cual le llevaba a estar siempre en estado de meditación y reflexión.

Pero eso no fue todo, para descubrir su vocación a la Cruz, debemos comprender antes que la vida de Edith Stein fue un continuo calvario: soportó la discriminación de la mujer en los estamentos de la vida pública alemana; después de su conversión tuvo que llevar la cruz de la negativa de su madre que era profundamente judía; sufrió el antisemitismo proclamado por el partido nazi durante la Segunda Guerra Mundial, lo cual produjo, discriminación, racismo, persecución y martirio de su pueblo, hasta que al final ella también fue víctima de tal suplicio.

Desde esta perspectiva el testimonio de Edith Stein no podía pasar desapercibido. La espiritualidad de Edith Stein, no es otra que la centrada en la “ciencia de la cruz”:

No se trata de pura teoría, es decir de la suma de sentencias verdaderas o reputadas como tales, ni de un edificio ideal construido con pensamientos coherentes. Se trata de una verdad bien conocida –la teología de la Cruz- pero de una verdad real y operante: como semilla

que depositada en el centro del alma crece imprimiendo en ella un sello característico y determinando de tal manera sus actos y omisiones que por ello se manifiesta y se hace cognoscible (Stein, 2000, pág. 32).

Edith Stein se percata de que la ciencia de la cruz no es otra que la ciencia de los santos, quienes peregrinaron imitando al modelo que es Cristo y será en esta experiencia donde fraguará su camino de santidad. Ella se decidirá por Cristo, y desde ahí morirá asimismo y al mundo: “Ya no vive su propia vida si no la de Cristo, ya no sufre su propia pasión sino la Pasión de Cristo” (Stein, 2000, pág. 315). Asimismo, la voluntad de Edith Stein, estará en total sumisión a la voluntad divina.

En este contexto para hacer más profunda su entrega no dudará en convertirse al catolicismo, entrar en el Carmelo y hacer profesión perpetua para estar unida como esposa del Cordero. Sabía que sólo en la unidad con Cristo se es miembro del cuerpo místico de Cristo y, al vivir Cristo en nosotros, también Cristo sufre con nosotros, y así el sufrimiento es también su sufrimiento, y desde ahí el sufrimiento se inserta en la obra redentora y el mismo puede ser soportado y fructífero. No es la cruz por la cruz, sino la cruz con miras a ser glorificado con Cristo (Bouflet, 2001, pág. 194).

Consiguientemente el misterio de la cruz le ayudará a profundizar su vocación, será uno de los pilares fundamentales de su vida. La cruz se convirtió en su gran aliada, y en adelante no tendrá miedo de lo que pudiera acontecerle, puesto que tenía en su pecho el signo de la salvación. Aquel emblema será quien le ayude a sobrellevar el calvario, al ser apresada por los nazis y sufrir junto con su pueblo, una terrible atrocidad.

Muchos testimonios, nos dicen, que la vida de Edith Stein, luego de ser apresada por los nazis y llevaba al campo de concentración de Auschwitz, transcurrió en una profunda calma y tranquilidad. No se sobresaltó ante tal atrocidad al contrario supo sobrellevar los suplicios con paciencia y amor. Un testimonio de quien la conoció de camino al calvario nos dice:

Entre los prisioneros [...] la hermana Benedicta destacaba sobre todo por su tranquila actitud. Los gritos, las quejas, el estado de sobreexcitación angustiada de los recién llegados eran indescriptibles. Sor Benedicta iba entre las mujeres como un ángel de consolación, tranquilizando a unas, cuidando a otras (Bouflet, 2001, pág. 232).

Santa Teresa Benedicta de la Cruz nos hace comprender así que la cruz nos abre al gran misterio de Dios, el cual es insondable. Si queremos aprenderlo y comprenderlo en su profundidad no hay otro modo que vivir unidos a Cristo.

Unido al Señor eres omnipresente como él. Tú no puedes ayudar como el médico, la enfermera o el sacerdote aquí o allí. Pero, en el poder de la Cruz, puedes estar en todos los frentes, en todos los lugares de aflicción; a todas partes te llevará su amor misericordioso, el amor del corazón divino, que en todas partes derrama su preciosísima sangre, sangre que alivia, santifica y salva (Bouflet, 2001, pág. 219).

Para concluir estos testimonios creemos importante hacer ahora una alusión al testimonio de san Vicente de Paúl (1581-1660). Un santo del siglo XVII que hizo de su vida y vocación, luego de un profundo discernimiento, un continuo peregrinar sujeto a Cristo.

Su proceso de conversión a la santidad no fue fácil: tentado por las riquezas del mundo, capturado por los piratas y llevado como esclavo a Túnez, afectado por la pobreza y sufrimiento de la sociedad francesa de la época, así como el contacto con los pobres y desvalidos, le trasladaron a una profunda vida espiritual que consiste en: “Revestirse del espíritu del mismo Cristo, para adquirir la perfección correspondiente a la vocación” (Congregación de la Misión, Constituciones, reglas comunes y estatutos, 1994, pág. 23)

Pero este revestirse de Cristo no es fácil, se logra solo viviendo, sirviendo y sufriendo con los pobres: “No podemos ver sufrir a nuestro prójimo sin sufrir con el...” (De Paúl, Obras Completas: San Vicente de Paúl, Tom XI., 1974, pág. 560). San Vicente encontró así en los pobres, en los enfermos, y los más vulnerables a Cristo: “al servir a los pobres se sirve a Jesucristo” (De Paúl, Obras Completas: San Vicente de Paúl, Tom IX., 1974, pág. 240).

Cuando habla a los misioneros les dice que la pobreza vicentina es el resultado de seguir y contemplar a Jesús pobre entre los pobres. Es decir, ver a Cristo en el rostro de los más vulnerables y necesitados de la sociedad y desde ahí nos invita a acogerlos y abrazarlos como al mismo Cristo, para así devolverles la autoestima y la dignidad.

Además, en la práctica y acogida de los pobres y de los que sufren, el misionero también se hace sensible a sus sufrimientos, esperanzas y deseos. Los pobres nos evangelizan, nos ayudan a transformar nuestra caridad, muchas veces egoísta, en solidaridad viva. Con ello, el misionero cada vez más se “Reviste del espíritu de Cristo”, se vuelve independiente del mundo y dependiente de Dios.

En este contexto, el misionero al acoger la pobreza, a imitación de Cristo, hace de la misma un pilar baluarte de libertad. Ya no gobierna en él la superficialidad del mundo, sino la Gracia de Dios, quien nos ayuda a vivir desprendidos del mundo y abandonados a las manos de Dios.

La pobreza es una renuncia voluntaria a todos los bienes de la tierra, por amor a Dios y para servirlo mejor y cuidar de nuestra salvación; es una renuncia, un desprendimiento, un abandono, una abnegación. Esa renuncia es exterior e interior, no solamente exterior. No sólo hay que renunciar externamente a todos los bienes; es preciso que esa renuncia sea interior, que parta del corazón. Junto con los bienes, hay que dejar también el apego y el afecto a esos bienes, no tener el más mínimo amor a los bienes perecederos de este mundo. Renunciar externamente a los bienes, conservando el deseo de tenerlos, es no hacer nada, es burlarse y quedarse con lo mejor. Dios pide principalmente el corazón, el corazón, que es lo principal (Congregación de la Misión, Instrucción sobre los votos de la C.M., 1996, págs. 72-73).

En la vida de San Vicente de Paúl, sus momentos de crisis, “Noche oscura”, le llevaron a abandonarse en el Señor, en su Divina Providencia: “Señor, si tú estuvieras en mi lugar, ¿qué harías en esta ocasión?” (De Paúl, Obras Completas: San Vicente de Paúl, Tom XI., 1974, pág. 240); puesto que cuando se está clavado de manos y de pies en la cruz, lo que cuenta es dejarlo todo en manos del Señor; el hará el resto. Y así fue, Él fue su mayor consuelo y alegría en los momentos más difíciles y complicados de su peregrinar cristiano.

«¡Ay, padre, qué inmenso es el tesoro de la providencia de Dios! Es bueno dejar nuestros cuidados y preocupaciones en nuestro Señor; el nunca dejará de darnos el alimento como nos ha prometido. A lo que añadió aquellas palabras del salmista: *Oculi omnium in te sperant, Domine, et tu das illis escam in tempore opportuno; aperis tu manum tuam et implebis omne animal benedictione* (Sal. 144, 15-16)» (De Paúl, Conferencias a los misioneros 1632-1659, 1992, pág. 790).

En las obras de san Vicente de Paúl, quien acogió a los pobres y sufrió con ellos, se sintetizan y hallan la libertad y la inocencia, la pobreza y la cruz. El santo de la caridad, revestido del espíritu de Cristo pobre, da testimonio que la pobreza y la cruz son signos civilizadores de amor, puesto que transforman nuestros egoísmos inútiles en una caridad y solidaridad viva y constante. De ahí que sólo a partir de ellas podemos ser dependientes de Dios e independientes del mundo. Con una dependencia, no a manera cómo la ve el mundo, el que ha juzgado a Dios como aquel que ha coartado la libertad; sino, como las ven los seguidores de Cristo, quien nos hace libres (Jn 8,31-32).

Por tanto, hoy más que nunca nos hace falta imitar a Cristo, revestirse de su espíritu, que consiste en acoger la pobreza y la cruz, como caminos seguros para la perfección; para así hacer de nuestras vidas un evangelio abierto, que no le teme a nada ni a nadie, sino sólo a las injusticias y al pecado, que en la actualidad enclaustran al hombre y lo esclavizan.

Asimismo, como testigos de la cruz y de la pobreza nos hace falta recordar a todo cristiano que, para que la vida sea más llevadera, ya sea en nuestras pobreza, sufrimientos y limitaciones, hace falta que Cristo entre en ella. Justamente a través de los sacramentos, la confianza en la providencia y el contacto espiritual, sea este, comunitario o individual, a través de la oración, la contemplación, y la adoración, lograremos que nuestra vida sea más gozosa y paciente.

### **3.3. La Iglesia testimonio civilizador de esperanza.**

La pobreza, el sufrimiento, y el dolor han sido causantes de grandes cuestionamientos en la vida diaria de las personas, sean estas creyentes o no. De esta forma constatamos que los efectos y las consecuencias de tales limitaciones no han pasado desapercibidos, sino todo lo contrario han provocado diferentes reacciones, positivas o negativas. Positivas a través del testimonio de los santos quienes, afrontaron el sufrimiento y el dolor sin jamás darse por vencidos ante ellos, sino adoptándolos de la misma manera que Cristo. Pero debemos saber que no todos reaccionan de la misma forma; otros muy al contrario interpretan tales obstáculos, como una maldición o un castigo de Dios. Desde esta perspectiva terminaron alejándose de Dios y de la Iglesia, poniendo en juego su fe y vocación cristiana y no viendo en los mismos una ocasión para purificar la fe, esperanza y caridad.

La Iglesia en este contexto no es sorda a los cuestionamientos de sus hijos y del mundo, puesto que “su compromiso desde siempre no ha sido con un individuo abstracto, sino con el hombre en la humanidad del prójimo” (Adolfs, 1967, pág. 104). De ahí que, guiada por Gracia divina, ve en la pobreza y la cruz que irrumpen en la vida cristiana, no unos obstáculos que impiden el desenvolvimiento y crecimiento humano y espiritual, sino unos medios que forman parte de la vida y de la fe de los cristianos, sin los cuales vana sería nuestra fe (Mt 10,38).

Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencido, y recordar lo que el Señor dijo a san Pedro: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad» (2 Cor 12,9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal (EG 85).

De esta forma la Iglesia afronta tales desafíos, no a la manera cómo lo proponen los hombres, los mismos que en muchos de los casos apelan a la violencia por la violencia, sino, en una perspectiva evangélica, donde las obras de misericordia y las bienaventuranzas, “explican e indican el camino y el premio final, o sea la recompensa de Dios que es en lo que consiste la verdadera felicidad” (Sánchez Sorondo, s.f.).

De esta manera, la Iglesia se instala en la sociedad para llevar el mensaje de salvación (GS 1). Y lo hace a ejemplo del Cristo, Buen Samaritano, viviendo e involucrándose con los hombres. Ante el hecho de las necesidades, dolores y sufrimientos de los hombres no se avergüenza, no tiene miedo, no tiene repugnancia a tocar la carne de sus hijos, puesto que sabe que en ella está el mismo Cristo. Y es por ello que, en muchos de los casos, “deja a Dios por Dios”<sup>5</sup> y acude en auxilio del hombre (González-Carvajal, 1991, pág. 164).

Pero esto sólo es posible en el marco de un amor desinteresado, donde el amor no tiene fronteras, donde ya no se ama sólo al que nos ama, sino a todos sin distinción alguna, ya que todos somos hijos de Dios en el Hijo. Sólo en este estado el amor evangélico sobrepasa las barreras y los obstáculos, de tal manera que todos somos uno (Gal 3,28).

La pobreza y la cruz en la Iglesia son vistas desde las bienaventuranzas y las obras de misericordia, donde ambas se convierten en signo de civilización. La Iglesia de este modo, vive, actúa, y crece, desde el fundamento evangélico, desde la lógica del amor de Dios: a sabiendas de que lleva una cruz a cuestas; acoge también la cruz de sus hijos, no la niega, al contrario, se compadece de los mismos, y con ellos carga la cruz.

La Iglesia no es ajena a los padecimientos y necesidades de los hombres; acoge la pobreza y la cruz con alegría y amor porque sabe que en ellas el misterio se revela y se convierte en valor esencial y fundamental en el peregrinar cristiano. Es por ello que, la Iglesia vive, predica, y contempla a las personas carenciadas, como si estuviera viendo al mismo Cristo en ellas (Mt 25,40). Ya decía el Papa Francisco:

Quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero

---

<sup>5</sup> San Vicente de Paúl, con esta frase nos quiere hacer caer en la cuenta de que dejar la oración para ir al pobre es “dejar a Dios por Dios”

también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos (EG 198).

Entonces es acertado, decir que en los pobres la Iglesia reconoce la imagen de su fundador (LG 8), y desde ahí lo imita, se hace Iglesia entre los pobres y con los pobres, siguiendo así la vocación del Hijo de Dios, que es también su vocación (LG 48). Cristo es así el arquetipo de la Iglesia; sin Él y la ayuda del Espíritu Santo, su camino vocacional deriva en indiferencia (Gutiérrez , 1971, pág. 322).

Valga la paradoja, a los ojos de la sociedad contemporánea, en la que la riqueza es su modelo de progreso y desarrollo, una Iglesia pobre, que tiene como arquetipo al mismo Hijo de Dios, es una Iglesia rica, donde crece la esperanza y la solidaridad del pueblo de Dios: hemos sido enriquecidos por su pobreza (2 Cor 8,9). Es así como podemos hablar de una Iglesia en la que ya no habrá cabida para los egoísmos, los desalientos y la falta de generosidad (Hch 2, 42-47), sino sólo para las bienaventuranzas, las que serán su carta de identidad:

Una Iglesia libre de esas ataduras (de los poderes del mundo) será una Iglesia pobre abierta a los pobres y oprimidos. Así, La Iglesia presentará una imagen auténticamente pobre, abierta a Dios y al hermano, siempre disponible, donde los pobres tienen capacidad real de participación y son reconocidos en su valor (Gutiérrez, La fuerza Histórica de los Pobres, 1979, pág. 299).

En esta perspectiva la pobreza y la cruz predicadas por Cristo y por la Iglesia son signos de civilización porque ambas humanizan a una humanidad en camino hacia la deshumanización. Humanizan, creando conciencia, creando verdaderos vínculos y relaciones de libertad, fraternidad e igualdad entre los hombres. A pesar de sus limitaciones es una iglesia que ayuda a sus hijos e hijas ya sea material ya sea espiritualmente. Pero eso no es todo, lo que le diferencia de una ONG es su centralidad evangélica, cimentada en la fe, esperanza y caridad, que va más allá de las limitaciones materiales.

En este ambiente la Iglesia no proclama la cruz por la cruz, sino que es guiada por el verdadero significado que le dio el Hijo de Dios. La cruz no a manera del mito de Sísifo, sino

como plasmación de las bienaventuranzas. Es en este peregrinar cristiano donde los hombres se hacen hombres. En la acogida evangélica de los pobres, de los mansos, de los que lloran, de los que tienen sed, de los misericordiosos, de los limpios de corazón, de los que trabajan por la paz, de los perseguidos y de los injuriados; solo en este caminar los hombres hallarán recompensa y felicidad eterna (Mt 5,1-12). De lo contrario la esclavitud y la muerte reinarán.

La memoria de la cruz es, por decirlo así el ámbito de la existencia cristiana. Fuera de este ámbito ni habrá buena elección ni de modo de vivir el ministerio ni de los medios pastorales a usar: corremos el riesgo de buscar caminos de solución prescindiendo de la cruz. Surgirán esas vidas tibias (las de “ni muy muy ni tan tan”) o esas formas pastorales carentes de fundamento humano y divino. Optar, en cambio, por el camino de Jesús, supone abandono en las manos del Padre, y disposición para ser abandonado por el Padre (Bergoglio, 2013, pág. 64).

De esta forma la Iglesia abraza la cruz y la pobreza de Cristo, y desde ahí no se deja tentar por el mundo quién mira a las mismas con recelo, como si ellas fueran las causantes de nuestras penas y sufrimientos. El recelo de la sociedad moderna por la verdad, le ha llevado a su propio endiosamiento; alejada del evangelio y de la Iglesia, se proclama como la precursora del verdadero humanismo. Pero no, a juzgar por la realidad es: ¿humanización, o deshumanización lo que nos promete una sociedad sin Dios? Si bien sus proyectos y sus obras han sido un aporte esencial para el desarrollo y bienestar del hombre, por otro lado, han producido graves consecuencias que dan mucho de qué hablar al respecto. Un ejemplo claro de deshumanización de la sociedad contemporánea es su campaña contra los derechos naturales del ser humano: la vida a través del aborto y la eutanasia; asimismo la explotación de la naturaleza sin medidas ambientales que protejan nuestro hábitat. Tampoco podemos olvidar, la carrera armamentista de algunos países, el individualismo, la violencia, el utilitarismo y el pragmatismo entre otros.

Ante ello la Iglesia se pronuncia de manera evangélica y desde ahí hace suyas las bienaventuranzas, que son actuales y no caducas, como parece que piensa la sociedad moderna. Su proyecto de humanización desde el evangelio es y será siempre su objetivo: el hombre sólo reconociéndose como tal, es decir como hijo de Dios, será hombre. Porque los

hijos de Dios en el Hijo se configuran con Él, y saben que el peregrinar cristiano no es otro que “el amor. Un amor que se dona y ofrece gratuitamente” (MV 8).

Asimismo, el cristiano acoge la pobreza y la cruz con amor, porque sabe que también Cristo las abrazó; y Él ofrece las bienaventuranzas eternas a quienes también las acojan: “Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos” (Mt 5,12). De ahí que sin ellas el camino hacia la Visión beatífica de Dios se hace más largo e impenetrable.

De esta forma la Iglesia, teniendo a Cristo como cabeza, y a sabiendas de que la pobreza y la cruz son argumentos sólidos en su peregrinar cristiano, sigue y seguirá siendo siempre hasta la venida del Hijo de Dios, signo de civilización. Signo civilizador porque tiene “una espiritualidad que los sana, los libera, los llena de vida y de paz al mismo tiempo los convoca a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera” (EG 89).

La Iglesia, en consecuencia, debe ser hoy más que nunca signo de esperanza para el mundo. Y en este contexto ve a la pobreza y la cruz como manantiales de agua viva que se fundamentan en las consecuencias de las obras de misericordia y de las bienaventuranzas. Así todos los días el amor, la solidaridad, la paz y la compasión entre otras, se renovarán y crecerán en la familia humana. Todo esto en protesta contra la sociedad contemporánea que, al enaltecer la riqueza y el rechazo al dolor, ha faltado contra la solidaridad y la compasión con los pobres y los que sufren (Gutiérrez , 1971, págs. 160-161).

Por tanto, la iglesia en su sentido evangélico no se deja impresionar por los desafíos que le plantea la sociedad contemporánea, y cimentada en la “Roca” firme que es Cristo (Lc 6, 47-48) esta llamada siempre a ser la voz de los que no tienen voz (EG 198). Pero claro como dice el Papa Francisco: “Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzadora. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!” (EG 109).

Igualmente hay que tener en cuenta que, para que la Iglesia siga siendo una alternativa eficaz en la vida de los hombres, es necesario hoy más que nunca que tome más conciencia de

su vocación y misión en el mundo. Esto lo puede hacer a través del testimonio y la práctica de las obras de misericordia, las bienaventuranzas, los sacramentos, entre otros, donde la misma se muestra como instrumento de Cristo vivo. Su testimonio de esta forma, cautivará no sólo al creyente, sino a todo el mundo, y la cruz y la pobreza seguirán siendo signos civilizadores que aportan no poco al desarrollo y al progreso de la humanidad. Porque sólo la cruz, la pobreza, la solidaridad y la compasión son signos seguros de civilización y salvación.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?... Como dice la Escritura: Por ti nos matan cada día, nos tratan como a ovejas de matadero. Pero en todo esto salimos más que vencedores gracias a aquel que nos amó (Rom 8, 35-37)

## CONCLUSIONES

La pobreza y la cruz son signos de civilización, porque ambas humanizan a una humanidad en camino hacia la deshumanización: crean verdaderos lazos de caridad. Hace que la humanidad caiga en la cuenta de que es una: todos somos hermanos y como hermanos no vivimos sólo basados en la función sino en la dignidad y la santidad.

Todos sentimos y palpamos la miseria y el sufrimiento humano, pero eso lo hacemos porque hemos olvidado la alianza hecha con el Señor, donde se crea en la humanidad verdaderos vínculos de unidad (todos somos uno): hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios (nadie es más ni menos); todos hemos sido hechos hijos en el Hijo (todos somos hermanos). Además, al acoger el Hijo de Dios por amor, la pobreza y la cruz, las ha convertido en una fuente de la que brotan ríos de agua viva.

De la cruz y la pobreza de Cristo emana vida, valor, fortaleza, triunfo, gloria, pero sobre todo amor y sabiduría. En Cristo, la pobreza y la cruz ya no serán más camino de destrucción, esclavitud, tristeza, desesperanza, sin-sentido, derrota, muerte, entre otros., sino camino de prueba, de edificación, y de esperanza.

Dios nos quiso salvar en nuestra pequeñez, ¿y donde el hombre es más pequeño? En la pobreza y la cruz el hombre se descubre como el más pequeño. Y ya sabemos por las enseñanzas del Señor que sólo aquellos entrarán en el Reino de los cielos (Mt. 18,3). Dios nos prueba en el amor a la cruz y a la pobreza, en ellas nos volvemos nada y damos apertura al todo.

De ahí que sólo a través del amor a la pobreza y a la cruz forjamos nuestro destino cristiano y combatimos los embates del mal. En este estado hay que perderlo todo para ganarlo todo (Mt 16,25). Esto nos pone en el lugar de Cristo desprendido y abandonado en las manos del Padre, que no dudó en hacerse pobre y dar la vida por todos.

Acoger la pobreza y la cruz con amor, significa ponerse en las manos del Señor, depender de Él, y desprenderse de las cosas del mundo. Es asegurar nuestra salvación. Pero así mismo, nuestra pobreza y nuestra cruz nos hacen ofrendar nuestra vida por los demás. Pasar necesidades, con el pobre y sufrir con el que sufre, es condolerse con el hombre y en esa perspectiva nuestro orgullo y egoísmo es sanado y curado; y la caridad irrumpe como llama ardiente transformando nuestros corazones.

El hombre que abraza la cruz y la pobreza ve, siente, vive y contempla el rostro del Señor. No ve en el pobre y en el que sufre unos desconocidos, sino hermanos que necesitan de nuestra atención, misericordia y apoyo. No se avergüenza, no tiene miedo y repugnancia de ellos, al contrario, toca su carne y en ella la de Cristo (Francisco, Homilía del Santo Padre Francisco, 2013).

Una vez inserto en este ambiente, hace suyo el sentir y la preocupación de los pobres: su causa ya no es suya, sino la de los oprimidos y desvalidos (Francisco, "Quiero una Iglesia pobre y para los pobres", 2013). Se siente evangelizado por ellos. Y el muro del orgullo y del egoísmo se desvanecen; abre su corazón a los demás, se hace servidor de ellos. Ya no le preocupa su propio bienestar y buen vivir, su preocupación es la de los pequeños.

Su clamor ya no está inserto en categorías inhumanas e individualistas, que no hacen otra cosa que buscar la vanagloria y la perdición del hombre. Su clamor está unido al de los pobres: no pide nada para sí sino sólo justicia y paz para sus hermanos. Ya el Papa Francisco nos dice: "Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos" (EG 198)

La pobreza y la cruz se convierten así en dones de Dios, porque ellas nos ayudan a descubrirnos más humanos. El Hijo de Dios las acogió en su vida, como una estrategia para transformar nuestra humanidad. Para hacernos ver que desde ellas se llega a todos sin ningún tipo de egoísmo y distinción (Rom 5,19).

Además, los dones de la cruz y la pobreza son la medicina contra el orgullo y la vanagloria mundanos. Puesto que sólo cuando el corazón está vacío de los apegos a las cosas del mundo, estará siempre lleno de Dios y de sus dones divinos, que sanan nuestra vida egoísta y nos proyectan a acoger a los demás con toda la caridad del mundo.

Entonces, las periferias existenciales, nos hacen descubrirnos cada vez más lejos del mundo y tan cerca de Dios. Dios prefirió a los pobres quiso nacer en pobreza y crecer con ella. Jesús no sólo la amo en vida, padeciendo diversos tipos de necesidades, sino que también la acogió en su muerte, despojándose de sus vestiduras (Loyola, 1952, pág. 743). Por otro lado, asimismo Cristo abrazó la cruz, y con ello elevó el sufrimiento humano a nivel de redención. Desde ahí podemos deducir que el testimonio de la pobreza y la cruz acogidas por Cristo tienen sentido en nuestro peregrinar cristiano.

Tanto la pobreza como la cruz proyectan de modo penetrante una luz esperanzadora. Ellas se convierten en luz salvífica. De ahí que solo haciéndolas parte de nuestro peregrinar cristiano acogemos el proyecto de Dios de manera firme y segura. Cuando contemplamos, acogemos y vivimos la pobreza y la cruz, en nuestra vida cristiana, no lo hacemos porque son signos que están de moda, sino porque estamos seguros de que a través de ellas preguistaremos de las bienaventuranzas eternas (Mt 5, 3-12).

Por tanto, en la sociedad contemporánea, la cruz y la pobreza, no obstaculizan los proyectos humanos; al contrario, los humanizan, creando una sociedad más justa y digna donde los valores, la libertad, la fraternidad e igualdad están garantizados. En la cruz y la pobreza, el hombre toca su carne y la transforma. El hombre se convierte y descubre su identidad y dignidad, concluye que ellas desvelan su “ser”: porque solo cuando la pobreza y el sufrimiento son compartidos son comprendidos.

Cuando vemos y acogemos la cruz y la pobreza como estandartes de nuestro peregrinar cristiano no lo hacemos movidos por el simple fanatismo; lo hacemos movidos por el amor. Sabemos las consecuencias que involucra abrazarlas y no dejarlas. Vemos que las necesidades, los sufrimientos, los sacrificios, entre otros, irrumpen en nuestra vida, pero no como enemigos

que atentan contra nuestro “ser” sino como amigos que ponen a prueba y acrisolan nuestra fe: ellas nos hacen reconocer lo que somos y en Cristo se convierten en bandera de victoria. De ahí que la cruz y la pobreza nos ayudan a ser perfectos, a vivir desprendidos de las cosas del mundo y a lanzarnos con toda confianza en el proyecto de Dios, proyecto que se ve sintetizado en el amor; “amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 13, 35).

Entonces, prescindir de la pobreza y la cruz, influenciados por la sociedad contemporánea que pregona la riqueza y el rechazo al dolor como signos de civilización es un signo de retroceso. Porque de nuevo estaremos corriendo el riesgo de que el hombre se contemple así mismo, y desde ahí él terminará encerrado en su ego, en la opulencia, en el orgullo y el egoísmo; el proyecto civilizador del amor, quedará truncado; en muchos de los casos corremos el riesgo de que el hombre se revele en contra de su propia humanidad.

## BIBLIOGRAFÍA

### Biblia.

1. BIBLIA DE JERUSALÉN, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2009

### Documentos Eclesiales.

1. Pablo VI, Constitución Dogmática, *Lumen Gentium*, 1964.
2. Pablo VI, Constitución Pastoral, *Gaudium Et Spes*, 1965.
3. San Juan Pablo II, Carta Apostólica, *Salvifici Doloris*, 1984.
4. Francisco, Exhortación Apostólica, *Evangelii gaudium*, 2013.
5. Francisco, *Misericordiae Vultus*, Bula, 2015
6. Catecismo de la Iglesia Católica (2011), Lima, Paulinas.

### Libros.

1. Adolfs, Robert. (1967). *La tumba de Dios*. Buenos Aires: Carlos Lohlé.
2. Ayel, Vincent. (1980). *¿Qué significa salvación Cristiana?* Santander: Sal Terrae.
3. Bergoglio, Jorge. M. (2013). *Mente abierta, corazón creyente*. Buenos Aires: CLARETIANAS.
4. Bollini, Claudio. R. (2008). *Las caricaturas de la fe*. Buenos Aires: San Pablo.
5. Bouflet, Joachim. (2001). *Edith Stein, Filósofa crucificada*. Santander: Sal Terrae.
6. Chopin, C. (1974). *El verbo encarnado y redentor*. Barcelona: Herder.
7. Congregación de la Misión. (1994). *Constituciones, reglas comunes y estatutos*. Salamanca: CEME.
8. Congregación de la Misión. (1996). *Instrucción sobre los votos de la C.M.* Salamanca: CEME.
9. De Chardin, Teilhard. (1967). *El porvenir del hombre*. Madrid: Taurus.
10. De Aquino, Santo Tomás. (1960). *Suma Teológica, Tom XI*. Madrid: BAC

11. De Paúl, Vicente. (1974). *Obras Completas: San Vicente de Paúl, Tom IX*. Salamanca: Sígueme.
12. De Paúl, Vicente. (1974). *Obras Completas: San Vicente de Paúl, Tom XI*. Salamanca: Sígueme.
13. De Paúl, Vicente. (1992). *Conferencias a los misioneros 1632-1659*. Salamanca: CEME.
14. De Unamuno, Miguel. (1998). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Albor Libros.
15. Denzinger, Heinrich., & Hünermann, Peter. (2000). *El Magisterio de la Iglesia*. Barcelona: Herder.
16. Drewermann, Eugen. (1996). *La palabra de salvación y sanación*. Barcelona: Herder.
17. Dufour, Xavier. L. (1974). *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*. Salamanca: Sígueme.
18. Duquoc, Christian. (1981). *Cristología: ensayo dogmático sobre Jesús de Nazaret el Mesías*. Salamanca: Sígueme.
19. Evely, Louis. (1964). *Sufrimiento*. Barcelona: Estela.
20. Fabris, Rinaldo. (1992). *La opción por los pobres en la biblia*. Navarra: VERBO DIVINO.
21. Ferrer, Joaquín. (2001). *Filosofía de la religión*. Madrid: PALABRA S.A.
22. Figueiredo, Fernando. A. (1991). *La vida de la Iglesia primitiva* (Vol. 2). México D. F.: CEM.
23. Foulquié, Paul. (1952). *El Existencialismo*. Barcelona: Salvat.
24. Gastaldi, Italo. (1994). *El Hombre, un misterio*. Quito: Don Bosco.
25. Gesché, Adolphe. (2002). *Jesucristo Dios para pensar VI*. Salamanca: Sígueme.
26. González Faus, José. (1984). *La humanidad nueva: Ensayo de Cristología*. Santander: Sal Terrae.
27. González-Carvajal, Luis. (1991). *Con los pobres contra los pobres* (3 ed.). Madrid: San Pablo.

28. Grün , Anselm., & Robben, Ramona. (2006). *Marcar límites, respetar los límites, por el éxito de las relaciones*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
29. Guerra, José. A. (1993). *San Francisco de Asís* (5 ed.). Madrid: BAC.
30. Gutiérrez, Gustavo. (1971). *Teología de la Liberación*. Lima: Cep.
31. Gutiérrez, Gustavo. (1979). *La fuerza Histórica de los Pobreza*. Lima: Cep.
32. Haag, Herbert., van den Born, A., & de Ausejo, S. (1967). *Diccionario de la Biblia*. Barcelona: Herder.
33. Jaspers, Karl. (1959). *Filosofía II*. San Juan: De la Universidad de Puerto Rico.
34. Larrañaga, Ignacio. (1984). *Del sufrimiento a la paz* (2 ed.). Quito: Don Bosco.
35. Lochet, Louis. (1980). *La salvación llega a los infiernos*. Santander: Sal Terrae.
36. Loyola, San Ignacio. (1952). *Obras completas de San Ignacio de Loyola*. Madrid: BAC.
37. Marcel, Gabriel. (1956). *El Hombre Problemático*. Buenos Aires: Sudamericana.
38. Maritain, Jacques. (1966). *Humanismo integral*. Buenos Aires: Carlos Lohlé.
39. Martindale, Cyril. (1988). *Los santos* . Madrid: Encuentro.
40. Moltmann, Jürgen. (2004). *La venida de Dios: Escatología cristiana*. Salamanca: SÍGUEME.
41. Nietzsche, Federico. (1980). *La Voluntad de Poder*. Madrid: EDAF.
42. Ratzinger, Joseph. (2007). *Escatología*. Barcelona: Herder.
43. San Buenaventura. (1945), *Obras de San Buenaventura*, Madrid: BAC
44. Sartre, Jean-Paul. (2011). *La náusea*. Madrid: Alianza.
45. Sciacca, Michele. F. (1958). *El Hombre, este desequilibrado*. Barcelona: LUIS MIRACLES.
46. Simón, Jesús. (1988). *El cristianismo, origenes*. Sevilla: Apostolado Mariano.
47. Stein, Edith. (2000). *Ciencia de la cruz* (4 ed.). Burgos: Monte carmelo.
48. Torres Queiruga, Andrés. (1995). *Recuperar la salvación*. Santander: Sal Terrae.

49. Torres Queiruga, Andrés. (2005). *La resurrección como horizonte*. Santander: Sal Terrae.
50. Uríbarri, Gabino. (2008). *La singular humanidad de Jesucristo*. Madrid: San Pablo.
51. Vélez Correa, Jaime. (2001). *El Hombre un Enigma, Vol. II*. Bogotá: Javegraf.
52. Vidal, Marciano. (1991). *Diccionario de ética teológica*. Navarra: VERBO DIVINO.
53. Wittschier, Sturm-María. (1979). *Antropología y Teología para la educación cristiana responsable*. Santander: SAL TERRAE.
54. Zubiri, Xavier. (1982). *Siete ensayos de Antropología Filosófica*. Bogota: Usta.

### Internet

1. Francisco, P. (12 de Mayo de 2013). *Homilía del Santo Padre Francisco*. Obtenido de vatican.va: [http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2013/documents/papa-francesco\\_20130512\\_omelia-canonizzazioni.html](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2013/documents/papa-francesco_20130512_omelia-canonizzazioni.html).
2. Francisco, P. (16 de marzo de 2013). *"Quiero una Iglesia pobre y para los pobres"*. Obtenido de zenit.org: <http://www.zenit.org/es/articles/francisco-quiero-una-iglesia-pobre-y-para-los-pobres>.
3. Lutero Martín, (s.f.). *"El Magnificat traducido y comentado por M. Lutero"* Obtenido de mercaba.org: <http://www.mercaba.org/FICHAS/ceiboysur/magnificat.htm>
4. Sánchez Sorondo, M. (s.f.). *Las bienaventuranzas como programa del Papa Francisco*. Obtenido de parroquiaconcepciobcn: [http://www.parroquiaconcepciobcn.org/agt\\_object.php?wid=10&type=file&id=13](http://www.parroquiaconcepciobcn.org/agt_object.php?wid=10&type=file&id=13).